

CUARENTENA, MIS COJONES

Relatos para rebeldes civilizados

TRILOGÍA DEL ANONIMATO



Alberto Revidiego

CUARENTENA, MIS COJONES

Relatos para rebeldes civilizados

CALLADITOS, MÁS GUAPOS



Alberto Revidiego

CUARENTENA, MIS COJONES

Relatos para rebeldes civilizados.

PREÁMBULO DESDE EL CONTAGIO

Ante un escenario de pandemia mundial, con el estado de alarma decretado por el gobierno del país y un recorte de derechos por razones perfectamente comprensibles surgen los **rebeldes civilizados**. Todos los conocemos. Puede que seamos incluso uno de ellos. Estas personas, numerosas y sin bandera, se definen como aquellas que no queriendo asimilar la cuarentena, la respetan. Pero la respetan de puertas adentro. En *petit comité*. Sin que se conozca. Porque su imagen pública, su posición frente a los demás, debe ser la del *outsider*, el antisistema. Aquellos a los que las normas se le antojan una exhibición de paternalismo innecesario. Tipos duros, mujeres indomables. El espíritu del punk. Todo, por supuesto, de cara al público. Porque saben que lo primero es combatir al *bicho*. Porque leyeron en una foto de internet eso de <<yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvaré>> y le dieron *like*. Porque les gusta pensar en *Spiderman* con su cantinela de <<Un poder conlleva una gran responsabilidad>> y demás confesiones de la gran pantalla. Piensan en heroínas y héroes, en los libros que les inspiran. Las canciones que dicen aquello que sienten y no sabían expresar. Esa voluntad de resistencia cueste lo que cueste. Pero siempre evitando que se publique, que lo sepan los demás. Hay una imagen que mantener. Que quede en privado. Los **rebeldes civilizados** son aquellos que viven en el ridículo, que en apariencia se mofan del miedo del resto mientras, en silencio, tratan de recordar si cerraron bien la ventana para que no se les cuele el virus. No vaya a ser que una tos rompa su frágil armadura y descubran que son humanos. Incluso, más humanos que el resto. Y eso no puede ser.

CALLADITOS, MÁS GUAPOS

Dio un duro golpe en la mesa de la cocina mientras aferraba su móvil. La información era contradictoria. Las fuentes que seguía Antonio venían asegurando que no hay de qué preocuparse. Pero los periodistas de algunos medios declaraban la emergencia en todo el territorio español. Y no firmaban ellos solos la exclusiva. Venían respaldados por entrevistas a profesionales del sector sanitario, doctores serios, especialistas en alguna palabreja extraña con las que nombran a las infecciones o contagios. A saber si esos títulos eran falsos, le cuestionó una voz en su cabeza. Por supuesto, Antonio no clicó en el vídeo de la entrevista destacada que aparecía en la pantalla de su móvil. Pasó su pulgar una y otra vez, leyendo muy por encima aquella noticia. Luego fue directo a Google de nuevo. <<Virus no es para tanto>> escribió justo antes de darle a *Buscar*. Leyó un par de entradas de un blog, unas declaraciones de un cantante y una noticia, recomendada por el algoritmo de la web, sobre el último fichaje de su equipo favorito. Se levantó y, tomando su taza de café, se dispuso a fregar lo acumulado de la cena.

—Buenos días —dijo su mujer, dándole un beso en la mejilla antes de recargar la cafetera—. ¿Se sabe algo más?

—Que es todo una exageración. Hay más miedosos hablando que gente hecha y derecha.

—Vamos, lo que ya sabíamos —coincidió ella mientras buscaba sus cereales en el estante superior.

—Si es que no hay que creerse todo lo que dicen... ¡Se creen que somos idiotas!

Dirección al trabajo, Antonio iba en su coche oyendo la radio. Sentía esa imperiosa necesidad de estar informado a cada momento. En las emisoras hablaban sin cesar sobre el virus, los contagios en otros países, el plan de reacción. Antonio, por su parte, aferraba con fuerza el volante por no gritar de indignación. Porque aquello eran bulos, malditas exageraciones, desde su punto de vista. Y, seguramente, en ellos recaía la culpa de que hubiese tanto tráfico, responsables de la histeria. Había que mantener la mente fría ante imprevistos, siempre defendía esa posición frente a todos. Y creía recordar que había cumplido en todo momento con aquel papel. Pero esto le sacaba de sus casillas.

No le molestó tanto cuando, al final de la jornada de trabajo, su jefa les informó de que deberían hacer teletrabajo en casa desde el siguiente día. Mientras escuchaba, no podía evitar reírse por lo bajo de solo imaginarse contando a su mujer que por miedos infundados tendría vacaciones pagadas.

—Menuda prima, ¿eh? —susurró a un compañero de la empresa, una vez que le ordenaron desalojar el local.

—¿Disculpa?

—La jefa. Mira que darnos vacaciones por esa tontería... —bufó poniendo los ojos en blanco.

—No son vacaciones. Es por precaución. Y habrá que seguir trabajando por internet.

—Sí, claro. Vamos a estar todos a las nueve de la mañana, vestidos con camisa y corbata, frente a la pantalla del ordenador hasta las dos de la tarde. ¿Quién se cree eso?

—Es trabajo, Antonio. Hay que ser responsables.

—¡A mí no me timáis! ¡Je! Vaya miedosa, la jefa. ¿No te parece que deberían sustituirla del cargo? Va a generar pérdidas a la empresa que...

—Mira, debo irme, Antonio. Tengo que pasarme por el supermercado a por comida y un par de cosas. Por lo que he escuchado en la radio se está barajando implantar el *Estado de alarma*. Y puede suponer quedarnos en casa confinados un tiempo. Cuídate.

—¿Confinado en casa? ¡Y una leche voy a quedarme en casa! Que vengan los militares, que vengan a por mí —continuó protestando junto a su mesa, pero ya nadie quedaba en la sala. Saberse alguien sereno durante las alarmas sociales le hacía caminar con un porte de héroe. Como si tuviese el poder. Él, Antonio, al que nadie consigue doblegar. Que nunca dejó de hacer lo que quería ni aunque su padre se lo ordenase cuando era un chaval. <<Menos por un resfriado>>, sentenció en voz baja camino del coche. Una vez dentro, le extrañó haberse quedado el último en el aparcamiento. Solía ser de los primeros en irse. Pudo observar que el tráfico seguía incesante en la avenida próxima. Encendió el motor y, en aquella intimidad del vehículo, decidió que igual era buena idea pasarse por el supermercado antes de llegar a casa.

Cuando llegó a su hogar cargado de bolsas, lo primero que le sorprendió fue que los niños salieran a saludarlo. Se les suponía en el colegio hasta las tres de la tarde y por el dinamismo de su recibimiento no parecían convalecientes. Fue hasta el armario que usan como alacena y se le cayó al suelo un par de bolsas ante la imagen. Los estantes estaban repletos de latas, cajas y paquetes. Miró los dos formatos familiares de papel higiénico que allí había e inmediatamente al que tenía sujeto bajo el brazo. Hizo cálculos. <<Somos cuatro en casa, en cada paquete vienen doce rollos, tenemos tres paquetes, más el rollo que estará haciendo guardia en el baño, se debe restar el factor toallitas de los niños.>> Concluyó que todo ello hacía un resultado de superávit en cuestión de culos limpios.

—Anda, tú también has comprado —confirmó su mujer desde el marco de la puerta—. Salí antes del trabajo para recoger a los niños. Resulta que han cancelado las clases durante quince días. Oí a otros padres tan alarmados por los suministros que... Bueno, ¿qué más da prevenir? Total si ya tocaba comprar cosillas.

—¿No fuimos a comprar hace tres días? —preguntó recogiendo las bolsas del suelo.

—¿Entonces por qué has comprado tú?

—No, si yo... Yo lo hice por las ofertas. Había tres por dos y cosas así. Ya sabes, el marketing neuronal. Juegan con nosotros los malditos publicistas. A todo esto, ¿por qué tanto papel higiénico?

—El papel del váter es como el *bitcoin* ahora mismo, Antonio.

—Claro —concluyó sin entender nada pero con gesto grave.

Las tardes están para prepararse a la noche más oscura. Así lo tenía asimilado Antonio desde los treinta años. Y no es que las aprovechara para hacer deporte, leer o meditar. Él se preparaba con unas cañas en el bar de la esquina antes de la cena. Allí se reunía con vecinos con los que discutía de todo un poco, el tiempo de liquidar el par de vasos o hasta que tuviesen que irse a otros compromisos. Pero ese día fue diferente. Cuando iba por la mitad de su primera cerveza, el dueño del bar aconsejó a su clientela apurar sus consumiciones porque cerraría en unos minutos. El motivo, el dichoso virus. La sabida precaución. Y el vecino del otro lado del pasillo de Antonio, Rogelio, parecía apoyar la decisión de aquel regente del establecimiento, apostando por que no se podrían reunir en un par de semanas. Eso fue suficiente. Antonio, hastiado por la credulidad de sus vecinos, declaró que a él nadie le iba a impedir hacer vida normal. Que eran sus derechos. Puso un par de monedas en la barra y se marchó malhumorado, afirmando que allí le verían mañana mismo, a la misma hora. <<¡Antonio no deja que otros le digan lo que hacer!>> gritó desde la puerta, pretendiendo solemnidad con ese uso de la tercera persona para hablar de sí mismo.

Al llegar a casa, su mujer le ordenó que ayudara a sus hijos con la ducha. Los niños, enganchados a la videoconsola, no le hacían ni caso. Angustiado, sentenció que les dejaría jugar quince minutos más y que luego irían directos al baño. Ellos no hicieron la menor señal que confirmasen que le habían oído. Fue hasta el salón, se sentó junto a su mujer en el sofá y cerró los ojos un instante.

—Acaban de declarar el *Estado de emergencia* por la televisión. Con efectos inmediatos. Cuarentena de todos en sus hogares durante quince días —informó con voz de Secretaría General.

—¿Qué dices? ¿Es cierto? Joder... Pues yo les he dicho a todos que a nosotros no nos mandan ni nos dicen qué hacer —argumentó Antonio, torciendo un poco los hechos—. Tenemos que pensar en algo, ¿eh? Se van a reír de nosotros con altanería. Nos van a mirar tras esos quince días y se van a reír. Que son muy listos...

—Bueno, pues no sé. Es que tú también, ¿para qué dices nada?

—Déjame pensar, déjame pensar. Lo arreglaremos. Buscaremos un término medio entre quedarnos enclaustrados y hacer lo que queramos.

—Yo no pienso infectarme por una tontería.

—Ni yo, joder. Pero... tampoco quiero quedar como el tonto del bloque. Es decir, que seamos los tontos del bloque. La familia lela. Los padres bobalicones.

—Claro que no. Ni eso ni moquear con el virus, Antonio —terció ella de brazos cruzados.

—Algo pensaré. Dame un rato... ¡Niños, se acabó el juego! ¡Al baño he dicho! —gritó desde el sofá, bajo la presión de aquel nuevo escenario—. Además, seguro que esto del virus es un resfriado tonto...

—Al final, ya verás.

La habitación estaba a oscuras. Las cortinas estaban iluminadas con suavidad, con tonos anaranjados, por farolas de la calle a varios pisos por debajo. Algún ruido de motor llegaba hasta allí, amortiguado por la lejanía. Alguien oía un televisor a buen volumen. Por lo demás, todo era silencio. Antonio, girado hacia su lado de la cama, cavilaba sobre aquella situación. Lo primero que pensó fue que una cuarentena no sonaba a vacaciones. En general, por el factor *niños-veinticuatro-siete*. Además, estaba el elemento de la libertad. No podían prohibirle su libertad deambulatoria. No era un maldito criminal, se decía. Pero, por otra parte, entendía que había que parar a ese *bicho*. Mientras estuvo sentado en el váter, leyó en su teléfono el número de muertes e infectados en su propio país. Aquello le alarmó. Miró al rollo de papel higiénico y dijo en voz baja <<Bitcoin>>. Por lo que ahora, con la colcha cubriéndole hasta el pómulo, reflexionaba sobre la necesidad de salvar su imagen sin perecer ante la enfermedad que recorría ya toda Europa. Su empresa, por supuesto, estaba clausurada hasta nuevo aviso. Su cafetería, su bar, el quiosco y hasta el maldito museo estarían cerrados. Entonces se preguntó: <<¿A dónde voy si salgo con el paripé de ir al trabajo?>>. Y algo se iluminó ante sus ojos. Bien pudo ser los faros de un camión pasando el badén de su calle. Él lo asimiló a un cruce de ideas. No solo haría el paripé de ir al trabajo. Haría el teatrillo de *ir*. Es decir, procuraría que toda la familia se preparase para hacer vida normal, se encargaría de que lo escuchasen hablar y moverse con la firme intención de ir a trabajar, dejando de paso a los niños en cualquier academia privada. Todo ello, de palabra, a través de las paredes. Y luego el gesto de volver al mediodía. Que lo oyese bien su vecino Rogelio. Esa era la clave. Ahora lo veía nítidamente. El tema sería cómo pasar desapercibidos durante la mañana. Pero eso era un problema del futuro. Estiró la colcha y se perdió bajo su cobijo y el sueño.

A las siete de la mañana despertó a su mujer. Le contó su parafernalia con todo lujo de detalles, ella lo mandó al infierno. Tras un café y mucho insistir, consiguió que aprobara su plan de teatro como distracción para aquellos días tan largos. Ella se destacó mucho más práctica que su marido, pero en su fuero interno tenía un orgullo tan grande como el de él. Aquello no podía dejarles en ridículo frente a los demás, coincidían. Tenían que *salir*. Que la gente aprendiese que son independientes y valientes. Entonces, mientras Antonio se duchaba, ella comenzó a elucubrar qué harían durante la mañana. Desayunaba tranquila, disfrutando del café a suaves

sorbos. Se notaba que casi nadie iría a trabajar porque el silencio en aquel bloque era palpable. Además, apenas se oían vehículos por la ventana abierta de la cocina. Era una paz enferma, pero paz. A mitad de sus cereales, casi se atragantó con la respuesta que buscaba. Fue al baño y abrió la puerta de la ducha.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Antonio mientras trataba de abrir los ojos bajo el correr del agua, con un respingo por el frío que se colaba por la puerta abierta.

—Ya sé qué debemos hacer durante la mañana. ¿Estás preparado? Haremos como que salimos, volveremos a entrar y ¡no haremos absolutamente nada!

—¿No hacer nada es lo que sugieres hacer? —preguntó muy confundido Antonio, con su desnudez igual de expuesta que su incompreensión.

—Exacto, nada.

—¿Podemos hablarlo cuando termine de enjuagarme los sobacos?

—Absolutamente nada —continuó, haciendo caso omiso—. Silencio sepulcral. No quiero ni un mueble crujiendo ni el correr de un grifo ni una televisión encendida. Vamos a engañar a todos haciéndoles creer que nos saltamos la cuarentena. Es puro sentido común.

—Vale, lo que tú digas. Pero, ¿puedes cerrarme la puerta de la ducha? —rogó Antonio.

—Mira, una cosa bien seria te voy a decir. No quiero que nadie se contagie lo más mínimo. Ni un rato, ¿me entiendes? —amenazó con su dedo índice directo a su pecho—. Ni tos ni carraspeo. O duermes en el portal el resto de la cuarentena.

—Si toso será por la conexión de aire que estás creando entre la ventana abierta de la cocina y mis ingles. ¿Puedo terminar de ducharme, por favor?

—Voy despertando a los niños. Date prisa o no llegarás al trabajo, Antonio.

Cuanto más protestaban los niños, más les imponía tareas en cuanto a su vestuario. Eso generaba más ruido de sus agudas voces, justo lo que pretendía. Sabía que aquel dormitorio daba pared con pared con el salón de la familia de Rogelio. Que escuchasen las réplicas de buena madre, el arrastre de mochilas, las puertas del armario que siempre cerraban mal. No le importaba dejar caer las perchas *por accidente* o cerrar con intensidad los cajones de la cómoda. Lo importante era dejar claro qué hacían. Voceó el desayuno de los niños mientras lo preparaba. Antonio les saludó con mucha expresividad, cosa que desconcertó a los chicos, quienes no reconocían del todo a su padre. Entre *colacaos* y tostadas, les contó el plan en forma de juego. Su madre les obligó a elegir un libro o tebeo con el que pasarían toda la jornada matutina. Por supuesto, los niños prefirieron la *playstation*. Se reunió el consejo de sabios en el salón y decretaron como padres que les dejarían jugar si lo hacían sin sonido y no gritaban cada vez que alguno de ellos perdiese la partida. Juramentos concluidos, fueron a terminar de arreglarse. Con mochilas, maletines y

bolsos, vestidos en formato *lunes-cualquiera*, se posicionaron frente a la puerta de salida.

—Tenemos que hacer lo que tenemos que hacer —trató de recordar Antonio, mirando a sus hijos.

—Claro, papá —respondieron al unísono—. Y luego *play*.

—¡Shh! ¿Qué hemos dicho, guapitos? —intervino su madre—. ¡Vais al colegio!

—Van a la academia, cariño —corrigió Antonio en un susurro—. Los colegios han cerrado por orden del gobierno.

—¡Vais a la academia! —continuó su esposa—. Nada de alegría, siempre decís que es un rollo, no finjáis ahora que os encanta las clases, que nos conocemos.

—Vale, nos pondremos como si tuviésemos examen de matemáticas —concedió uno de ellos.

—¡Abrimos! ¿Preparados? —preguntó Antonio mirando al grupo.

—Yo tengo que ir al baño antes de salir, papá —dijo el otro chico.

—Pero si vas a volver en treinta segundos, chaval —susurró su padre con una sonrisa y un guiño.

—Pero no podré tirar de la cisterna y tengo que ir para cosas importantes —justificó el pequeño.

Entonces los padres se miraron. El niño tenía razón. El uso del baño quedaría terminantemente prohibido durante la mañana. No podía permitirse que se siguiera oyendo la cisterna si *no estaban* en el apartamento. Así que deberían hacer ronda de baño antes de salir por aquella puerta. Así pues, se interrogaron unos a otros sobre las necesidades escatológicas a las que estaban sometidos. Solo el pequeño hizo fuerza mayor. El padre, apenas un riachuelo. Todos desahogados, enfilaron hacia la puerta de nuevo. Se miraron en silencio y, preparados para la acción, comenzaron su espectáculo.

—¡Qué suerte tienen los que no van a trabajar! —gritó abriendo la puerta con fuerte acento irónico—. Venga, chicos, a la academia se ha dicho.

—Pero queremos quedarnos en casa... —dijeron a coro los pequeños con ninguna convicción pero el guion bien aprendido.

—Tenéis que quejaros más o no habrá *play* en toda la mañana —les susurró la madre, llevándolos por los hombros escalones abajo.

Los niños pronto captaron la gravedad del asunto y comenzaron a berrear como si se hubiesen quedado sin regalos de reyes, sin tarta de cumpleaños, sin vacaciones de sol y playa, como si las piscinas de bolas nunca existieran y jamás volviesen a fabricar un helado en lo que resta de siglo.

—¡Venga, la sociedad no se va a mover sola! —gritó de nuevo Antonio, dando un terrible portazo que resonó por el hueco de la escalera como un cañonazo decimonónico—. Al menos, somos gente responsable, ¡no como otros!

—Venga, Antonio, voy arrancando el coche —voceó su mujer, con satisfacción desde la entreplanta.

Entonces todos quedaron en silencio en ese escalón triangular que recoge la esquina. Se escuchaban algunos movimientos dentro de los pisos de las plantas próximas. Un arrastramiento de sillas, los muelles de una cama, un par de platos sobre una encimera, también alguna cisterna. Antonio y compañía esperaron unos quince segundos más. Los niños reían porque entendían aquella pantomima como un juego. Pero para Antonio y su mujer era algo muy serio. Era el honor, la imagen pública, lo que se estaban apostando. Algo que ninguna autoridad iba a menoscarles, según su extraña convicción. Y que tendrían que defender cada día de la cuarentena.

—Ahora, Antonio, sube despacio y ve abriendo la puerta —ordenó aquella mujer con ojos de sargento—. No has echado los cerrojos, ¿verdad? Bien, bien. Cuando tengas la puerta abierta, vamos subiendo, uno a uno, de puntillas. ¿Preparados?

Los niños asintieron y allá que fue Antonio. Subió con la habilidad de ninja desentrenado que le caracterizaba, siempre y cuando supiese balancear su sobresaliente barriga, tomando impulso con la propia gravitación. Una vez frente a la puerta, bajo la pendiente mirada de su familia, maldijo haberse echado todo el manojo de llaves al bolsillo. Sacarlas haría ruido y es lo último que pretendía. <<No puede enterarse el desgraciado de Rogelio...>> murmuraba mientras metía con delicadeza los dedos en su bolsillo. Apretó el llavero contra su propia pierna y fue tirando hacia arriba, poco a poco, conteniendo el aliento y evitando mirar a sus hijos, quienes no paraban de reír al ver la cara de su padre, roja del esfuerzo y con los ojos saltones mirando al vacío. Una vez salió la gran bota de metal, recuerdo de cuando hizo su camino de Santiago, apresó el total de llaves dentro de su puño. Miró sonriente a su mujer y esta le hizo aspavientos para que se diera prisa. Entonces se llevó el puño al pecho, torció su cuello sobre la barbilla, y comenzó a desgranar llave por llave, con dedos trémulos, hasta encontrar aquella que abriese la puerta de casa.

Con la correcta al fin, apretó el metal hasta que sus yemas se volvieron blancas y amarillas. Introdujo muesca a muesca con el oído bien abierto. Giró la trampa y empujó la madera casi con todo el cuerpo, en un extraño cadera con cadera para hacer progresiva la apertura. Una vez desapareció dentro, el primer niño subió con saltitos amortiguados por las punteras. El segundo de ellos, fue de la mano de su madre, parándose en cada escalón para respirar y contener el aliento. Una vez frente a su puerta, mientras entraban ambos, la madre tiró de su brazo con prisa. Pero aquel movimiento brusco hizo al niño soltar el rotulador que llevaba en la otra manita, el cual cayó sobre el pasillo, rodando con mala voluntad hasta la puerta del vecino. Antonio, que lo vio caer, como a cámara lenta, se llevó una mano a la boca mientras maldecía su suerte si tendría que ir hasta la alfombrilla del otro lado del pasillo para recuperarlo. La madre llevó a sus hijos frente a la videoconsola y allí les

quitó las mochilas mientras se encendía la máquina, ya con el sonido silenciado en la pantalla. Antonio, dio un paso al exterior. ¿Podría cogerlo y volver sin ser visto? Se preguntaba a sí mismo mientras seguía tapándose la boca por pura tensión. Se descalzó para minimizar el sonido. Con cuidado, dejó sus zapatos detrás de la puerta y procuró dejarla encajada. Fue paso a paso, en dirección a su objetivo. A la mitad del pasillo quedó congelado por un grito de un vecino, dos plantas por debajo, que prohibía a su hijo ir a la calle a jugar al fútbol. Continuó la misión, en un acto de argucia, y pensó que le gustaría ser como Aquiles, al menos el Aquiles de Brad Pitt, porque no se había leído ninguna obra donde lo nombrasen. Así se veía al menos. Aunque su cuerpo fuese tres Pitt, su corbata fuese lo más parecido a una espada que portase, y su camisa distaba de aquella vestimenta de guerrero. <<¡Vamos, Aquiles, ya casi lo tienes!>> se dijo cuando estaba a solo dos pasos del rotulador. Comenzó con las maniobras de aterrizaje. Fue flexionando sus rodillas, encorvando la espalda sin ceder a la cadencia de su ombligo que le llevaba ventaja. Su rodilla izquierda crujió al tocar suelo, quedando en posición de caballero medieval que espera ser investido por su rey. Alargó el brazo pero la camisa le hacía tope por la espalda. Debía girar su cadera. Puso su mano derecha sobre el frío suelo y estiró su izquierda para aferrar aquel rotulador. Y en ese momento comenzaron a descorrerse los cerrojos de la puerta que tenía a menos de metro y medio.

—¡Joder, Antonio! —se dijo sin separar los dientes, con el rostro encendido y los ojos completamente abiertos. Se levantó a toda velocidad, bufando como un animal acorralado, giró sobre sus calcetines y corrió al hogar. Iba pensando que lo último que necesitaba era que lo encontrase el vecino en esa actitud tan ridícula, rojo del esfuerzo, con la frente perlada de sudor y sin zapatos. Él tenía una imagen que mantener. Cerró la puerta rápido, frenándola justo antes del pliegue, para que no se oyese el portazo. Entonces la encajó con mimo y se abalanzó sobre la mirilla, sin atreverse siquiera a respirar.

Allí la puerta cedía sin prisa aparente. Primero apareció una nariz pronunciada, desde una gran altura. Medio segundo después, un bigote entrecano, muy quieto. Las cejas pobladas y la mirada inquisitoria de Rogelio parecían asimilar el rotulador que junto a su puerta se encontraba. Sin soltar la puerta, levantó la barbilla y miró directamente al alma de Antonio. O eso le pareció a él, parapetado en su mirilla mientras se mordía el labio inferior. Rogelio asomó su cabeza sin pelo, miró escaleras arriba desde su entrada sin identificar movimiento. Volvió a mirar a la puerta de su vecino durante un par de segundos. Finalmente, se agachó para tomar el rotulador, lo miró con atención y volvió a su casa, asegurándose de echar el cierre.

—Maru, no te vas a creer lo que he visto —comentó Rogelio desde la puerta del salón, mientras su esposa leía en el sofá con los pies en alto.

—A ver, ¿qué pasa ahora? ¿Qué nos racionan el agua?

—No, no. El vecino...

—¿Qué vecino?

—Antonio, mujer, el de enfrente.

—¿Qué le pasa? ¿No se había ido tras esa escandalera?

—Con esos gritos me vine directo de la cocina y me puse a mirar por la mirilla. Entonces lo he visto contorsionándose frente a nuestra puerta, sudando como un puerco y sin zapatos.

—¿Qué dices? ¿Tú te estás oyendo?

—Que sí, que sí. Y cuando me ha oído abrir la puerta ha salido corriendo como si fuese un criminal o un exhibicionista de esos. Creo que intentaba hacerse con esto —dijo alzando el rotulador—. A saber para qué lo querrá con sus jueguitos extraños.

—¿Entonces no se han ido después de toda la bulla que han formado?

—En absoluto. No sé qué ganaran con eso, pero voy a averiguarlo.

—Vale, pero cierra al salir anda, que esta novela no se lee sola —dijo aliviada de que su esposo hubiese encontrado una distracción.

Rogelio fue directo a la cocina. Como ya le enseñó su padre cuando era un crío, tomó un vaso de cristal del mueble y fue a la pequeña habitación del final del pasillo que hacía las veces de despacho. Descolgó un marco con una lámina de Leonora Carrington y pegó el vaso a la pared. Como un espía *amateur*, se dispuso a identificar sonidos que llegasen del otro lado. Sabía que allí debían de tener el salón los vecinos, según sus cálculos. Estuvo un rato trasteando con el tímpano asomado al culo de cristal del recipiente pero no alcanzó a oír nada. Extrañado, fue por el pasillo, posando su vaso por zonas aleatorias del gotelé. Seguía sin oír nada del otro lado y bien sabía que las paredes no eran tan gruesas. Se había acostumbrado al ruido habitual. Los había sufrido durante los últimos quince años. Hubiese identificado el sonido de la puerta si hubiesen vuelto a salir. Aquello le hizo meditar porque no confiaba lo más mínimo en la salud mental de su vecino Antonio.

Pasaron un par de días y cada vez que sacaba la basura, Rogelio intentaba detenerse junto a la puerta de Antonio, por si podía escuchar algo. Una vez le pareció oír unos tos, como si alguien estuviese al otro lado de la puerta, pegado a la mirilla. Se dijo que igual fue su imaginación. Tomó el hábito de pasar horas en silencio, paseando el vaso por las paredes, a pesar de la falta de éxito. Una vez le pareció captar el inconfundible sonido de un pedo y una risa infantil, cortada al instante. Todo era realmente particular, nunca había vivido algo así, pero no tenía pruebas de qué tramaba su vecino Antonio. No obstante, estaba convencido de que algo no iba como debería. Eso sumado a que cada mañana temprano le oía gritar por la escalera que nadie le obligaría a quedarse encerrado, que era un ciudadano independiente, libre y los demás unos sumisos. Había dado la casualidad de que esas mañanas le habían pillado en el baño en el momento de la proclama. Pero Rogelio ya se había dispuesto a madrugar en las mañanas consecutivas y mirar por la mirilla cómo se marchaban o lo que demonios fuese aquello.

—Creo que están haciendo como que no están —confesó una vez a su mujer mientras almorzaban en la cocina.

—¿Para qué iban a hacer eso? No tiene sentido, Rogelio.

—Porque Antonio no sabe ni mirarse al espejo, Maru. Que va de gallito y no pasa de pollo, es así, lo conozco del bar y lo que larga por esa boca. Fijo que está en su casa con cinco paquetes de papel higiénico bajo la cama, creyéndose invulnerable.

—Te estás obsesionando, Rogelio. Para con el temita...

—Pero no sabe con quién está jugando... Que yo estoy jubilado, Maru. Que tengo tiempo y recursos. Me voy a dedicar a desmontarle la fachada de chulo. Voy a recabar pruebas.

—¿De verdad vas a entrar en el papel de Alonso Quijano? ¡Que no está haciendo nada contra ti, Rogelio!

—Ya veremos quién tiene razón. ¡Esto es la guerra! —dijo golpeando la mesa con su puño, seriamente comprometido.

—Me voy con mi libro al sofá. Anda, friega todo esto y no molestes con tus batallitas de la comunidad.

—Te voy a pillar, Antonio... De rodillas y desarmado, como hace unos días frente a mi puerta... Ya verás —continuó mientras los espaguetis se enfriaban paulatinamente, en un fiel reflejo de los espaguetis de Antonio, que justo ese día tenía de almuerzo, pero que él no quería moverse de la puerta hasta estar seguro de que no se oiría hasta allí el repiqueteo de los cubiertos contra los platos de sus hijos.

Así corrieron los días. La cuarentena se había establecido como una lucha de inteligencia entre trincheras que eran los propios hogares. Rogelio se había hecho con un cuaderno, donde apuntaba con el rotulador en discordia los horarios de presuntas salidas y llegadas. Al no tener una rutina específica no había acertado a verlos aún por la mirilla y eso le hacía irritarse más. Lo que tenía claro es que por las tardes abusaban de la cisterna del váter como si se hubiesen contenido la mitad del día. Eso respaldaba sus elucubraciones. Aunque Maru, su mujer, no le apoyaba, sí reconocía que si nadie podía salir de casa no tenía sentido que gritaran cada mañana por el descansillo aquellas declaraciones de antisistema responsable. No obstante, ya se habían acostumbrado y le restaban tanta importancia hasta el punto de no estar seguros si esa mañana lo habían gritado o no. Rogelio seguía pasando las mañanas con el vaso en la oreja. Ya había probado todas las paredes anexas a aquel inmueble. No solía escuchar nada, pero a veces había suerte y alcanzaba a oír vocablos unidos que él entendía como <<Antonio, no se escucha si me rasco>> o <<Pues haberte duchado anoche>>. Durante los almuerzos, Rogelio y Maru teorizaban sobre aquello. Habían pasado de considerarlo mera estupidez humana a la posibilidad de efectos secundarios del virus. Todo era posible en el abanico vecinal.

—Ya sé lo que voy a hacer —anunció Rogelio una mañana a su esposa.

—A ver, querido, ¿ahora qué? —Y levantó la vista por encima del libro que tenía en su regazo.

—Voy a saltar a su balcón. Así me colaré en el piso y veré qué pasa.

—¿Has perdido la cabeza, viejo senil?

—No está tan lejos y tienen siempre la persiana hasta arriba. Un pequeño saltito y me encaramo a sus rejas. Lo he estado pensando, requiere una ejecución sencilla —argumentó, golpeando con el rotulador sus apuntes en el cuaderno, muy concentrado.

—Como sigas pretendiendo esa idea prometo que te encierro en el baño y te pegas una cuarentena en tres metros cuadrados.

—Pero...

—Ni peros ni peras ni teorías de la conspiración. Rogelio, tres metros cuadrados, quince días mínimo.

—Vale, vale... Qué crítica eres. Está bien... —aceptó con voz grave mientras repasaba sus notas manuscritas, con el entrecejo fruncido—. ¡Ah, ya sé! ¡Ya sé! Sé cómo saber qué pasa sin saltar a su balcón.

—¿Requiere que te ate a un pilar de la casa para que no te hagas daño por locura transitoria?

—No, no. Pero sí que requiere algo de cuerda para atar...

Antonio comenzaba a perder apoyos dentro de casa. Sus hijos se habían pasado todos los juegos y pedían cada hora poder hablar con sus amigos mientras jugaban *online*. Su mujer, por otra parte, se había cansado de no hacer nada durante las mañanas, simulando esa ausencia que igual nadie estaba reparando en ella. De hecho, las últimas mañanas, el griterío matutino lo hacía Antonio asomando la cabeza por la puerta sin siquiera salir ni vestirse. Abría, gritaba sus revoluciones y volvía a cerrar la puerta con tiento. Pero aquella mañana, en pleno salón, estaba sufriendo un motín. Su mujer le afirmaba que ya no seguiría con aquella falsa. Que, en todo caso, ya había aguantado con *su ritmo de vida* más tiempo que el resto de vecinos. Al menos, en apariencia. Pero que ya no más. La televisión sin sonido era un aburrimiento. Los libros que tenían no le motivaban. Y dormir hasta el mediodía le parecía una desfachatez. Allí, en mitad del salón, en calzoncillos y camiseta de tirantes, Antonio intentaba renovar el espíritu guerrillero de su mujer, para que siguieran en la línea sin perder fuelle.

—Que no quiero quedar como aquel que se tuvo que tragar sus palabras, ¿me entiendes? —argumentaba en actitud suplicante, cara a cara con la negación que

reflejaba el rostro de su mujer—. Que hablamos de honor, ¡de honor! Como Aquiles, ¿tú has visto la película?

—Antonio, que estoy cansada de esto. Ya hemos salvado bastante. ¿Quieres estar así hasta el final de la cuarentena?

—Que esto es un *para-nada*... Ya verás. Mucho bombo y platillo y luego veremos que... que... ¿qué es eso? —quiso saber, señalando un objeto circular que atravesaba la ventana del salón y emitía destellos.

Se acercaron al balcón unos pasos, con sus mandíbulas desencajadas, sus ojos perplejos. Entonces del objeto vieron que salían unas cuerdas que lo ataban a un palo. Un palo rojo y fino, propio de escobas y fregonas. Y en aquel círculo, entre destellos que se movían arriba y abajo, aparecieron unos ojos. Unas cejas pobladas. La mirada de Rogelio. Se miraron durante diez segundos a través de aquel espejo. Aquellos ojos levitados, a pulso del vecino desde su propio balcón, y aquella pareja paralizada por aquel *in fraganti* en mitad de su simulacro. Luego el palo fue desapareciendo poco a poco, por un lateral del ventanal hasta dejar el paisaje de una ciudad vacía.

La misma imagen de la cuarentena.

FIN

Alberto Revidiego

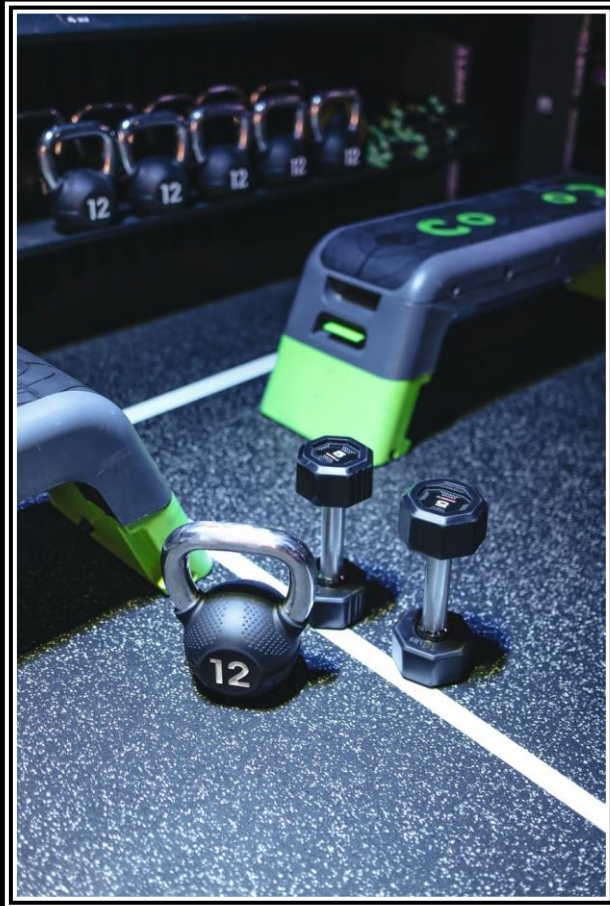
Cuarentena , Sevilla, 2020

Relato alojado en: www.albertorevidiego.com

CUARENTENA, MIS COJONES

Relatos para rebeldes civilizados

VIKINGO EN EMISIÓN



Alberto Revidiego

CUARENTENA, MIS COJONES

Relatos para rebeldes civilizados.

PREÁMBULO DESDE EL CONTAGIO

Ante un escenario de pandemia mundial, con el estado de alarma decretado por el gobierno del país y un recorte de derechos por razones perfectamente comprensibles surgen los **rebeldes civilizados**. Todos los conocemos. Puede que seamos incluso uno de ellos. Estas personas, numerosas y sin bandera, se definen como aquellas que no queriendo asimilar la cuarentena, la respetan. Pero la respetan de puertas adentro. En *petit comité*. Sin que se conozca. Porque su imagen pública, su posición frente a los demás, debe ser la del *outsider*, el antisistema. Aquellos a los que las normas se le antojan una exhibición de paternalismo innecesario. Tipos duros, mujeres indomables. El espíritu del punk. Todo, por supuesto, de cara al público. Porque saben que lo primero es combatir al *bicho*. Porque leyeron en una foto de internet eso de <<yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvaré>> y le dieron *like*. Porque les gusta pensar en *Spiderman* con su cantinela de <<Un poder conlleva una gran responsabilidad>> y demás confesiones de la gran pantalla. Piensan en heroínas y héroes, en los libros que les inspiran. Las canciones que dicen aquello que sienten y no sabían expresar. Esa voluntad de resistencia cueste lo que cueste. Pero siempre evitando que se publique, que lo sepan los demás. Hay una imagen que mantener. Que quede en privado. Los **rebeldes civilizados** son aquellos que viven en el ridículo, que en apariencia se mofan del miedo del resto mientras, en silencio, tratan de recordar si cerraron bien la ventana para que no se les cuele el virus. No vaya a ser que una tos rompa su frágil armadura y descubran que son humanos. Incluso, más humanos que el resto. Y eso no puede ser.

VIKINGO EN EMISIÓN

Las instrucciones estaban claras. Habían sido decretadas por él mismo. No habría nada que hacer hasta las dieciséis, cero, cero. Hasta ese momento, todo el mundo podría repasar los más de cuatrocientos vídeos que había alojado en su perfil de *YouTube*. Todos ellos creados desde la declaración de cuarentena, hace menos de una semana. Una tarea encomiable, al menos en comparación con otros creadores de contenido. Él había visto claro esa necesidad, esa urgencia. Antes de la adopción de tales medidas gubernamentales, no tenía tiempo para lo que él consideraba tonterías. Había que levantar hierro. Proteger las puertas de ciertos garitos nocturnos a cambio de dinero. Madrugar y volver a levantar hierro. Así se forma un auténtico *vikingo urbano*. O eso vendía a través de la pantalla.

Ese concepto, el *vikingo urbano*, creado por el propietario de aquel canal de difusión, fue inspirado por aquella civilización de guerreros que había sembrado una mitología propia en su cabeza, a base de películas y series. No es que fuese un amante de la cultura nórdica, debe aclararse. Él estaba enamorado de la imagen. Plana, superficial, musculosa y sangrienta. La imagen de un vikingo. Él ya era alto, rubio, fuerte y tenaz. Incluso llevaba su pelo fijado en una larga trenza que le caía por la espalda. En su mente completaba la línea de puntos que definían la personalidad o rasgos que debería tener alguien así en pleno siglo XXI. Un guerrero indomable.

Dieciséis, cero, uno. La pantalla se ve agujereada por un disco que gira sobre sí mismo. En letra blanca, justo debajo, puede leerse *Cargando*. Él está sentado en el sofá de su casa, con camiseta ajustada de algodón y calzonas que debe estirar para que no se le vean intimidades en esa posición frente a la cámara. Espera que el satélite y su móvil se conecten. Antes de aparecer en emisión ya puede constatar que tiene unos seiscientos espectadores. Y subiendo.

—¡Skål, mis guerreros! Soy el *vikingo urbano*, este es mi canal y, como prometí en el vídeo anterior, ahora comienza un directo en el que me acompañaréis en esta nueva aventura. —Había practicado ese saludo unas quince veces ante el espejo esa misma mañana, porque sabía que los nervios podían pasarle una mala factura y no habría posibilidad de edición como en sus otros vídeos. Respiró aliviado por haberlo dicho con carrerilla, tiró hacia bajo su corta pernera y continuó—. Bien, como muchos de vosotros sabréis, llevo una especial cruzada contra los monitores *online*. Sí, ya sabéis de qué mamarrachos hablo. *Fitness home*, *En forma desde tu salón*, *Aerobic-balcón*, *Cómo ponerse cachas desde tu dormitorio*.... ¡Me repugna! Esos que dicen ser deportistas, maestros y coordinadores de gimnasio ¡no tienen ni idea! Esas falsas profecías de que vas a perder tu lorza, barriga o culo con tres fáciles ejercicios subidos a una silla de la cocina... ¿alguien las cree de verdad?

Aprovechó esa pausa para beber un poco de agua de su botella. Así pudo ir leyendo comentarios esporádicos de los espectadores que ondeaban desde el <<nadie confía en esos trucos>> hasta el <<¿te has dado un golpe en la cabeza? ¡Claro que son

efectivos!>>. A él le encantaba esa división, pero lo que más le fascinaba era que día tras día le siguieran viendo y comentando.

—Pues así hay mucha gente generando contenido en esta plataforma. Dan vergüenza. Suben vídeos con rutinas de ejercicios en dos metros cuadrados, apoyados en la bañera... Luego están los que hacen ejercicios en un salón inmenso o aula de gimnasio y pretenden que los demás lo recreen entre sus muebles y familiares. Una bola de estupidez que no deja de rodar... ¡pero no me va a salpicar, mis guerreros! ¡Yo soy el *vikingo urbano*! —Aprovechó para tomar el móvil y ponerse en pie. Cogió del suelo su bolsa de deporte y se la echó al hombro—. A mí el virus no me asusta. ¿Una persona joven, sana y fuerte como yo va a temer una enfermedad que ni le rozará? Por favor... Hay que ser consciente de que no todos estamos en riesgo. Y si no me infecto no entiendo cómo podría ser portador. Por ello mismo, este directo es para anunciar de que, gracias a un buen amigo, ¡vuelvo a entrenar en mi gimnasio habitual! Sí, lo que oís. Lo abren para mí. Y sé de buena tinta que si os animaseis, abrirían otros gimnasios para que vayáis. Un verdadero guerrero tiene que entrenar con el equipo adecuado. ¡El miedo no muscula tus brazos, el miedo no tensa tus piernas! Este pectoral está dispuesto a desobedecer unas normas que considera abusivas para fortalecerse. Es por motivo de salud, pensadlo. Y por esa misma salud voy a salir ahora mismo a la calle. Y vosotros me vais a acompañar en directo.

Enfocó su bolsa de gimnasio, sus botines y la puerta de la calle. Abrió la misma, cerró con llave al salir y bajó los escalones al trote. Una vez en la puerta del bloque se aseguró de estabilizar el objetivo y grabarse respirando con gesto complacido en mitad de la calle vacía. Miró a cámara y dijo <<Sin miedo, a levantar hierro>>. Entonces echó andar, fiel a su discurso, con retransmisión inmediata para una audiencia que no dejaba de aumentar. Si captaba movimiento en los balcones, saludaba con alegría y les gritaba que no vivieran en el terror. Que la vida es demasiado valiosa como para estar bajo esa tensión. Esto lo anunciaba a los eventuales vecinos que veía a su paso, aunque tenía claro que el receptor real de aquel mensaje era su propio espectador. Por supuesto, su cámara no enfocaba los insultos que aquellos les lanzaban desde sus ventanas, llamando a la responsabilidad, pues sus reproches quedaban superpuestos por comentarios del propio *vikingo urbano*.

—Bien, pues ya me encuentro en las proximidades del gimnasio de mi colega. Debo respetar su privacidad y cortar aquí la conexión antes de llegar. Porque, aunque es un valiente guerrero como vosotros, sabe que estas autoridades que nos gobiernan podrían multarle o incluso detenerle. Y eso sería nefasto para su negocio. Por lo tanto, corto aquí la transmisión y reanudaré un nuevo directo mañana a las dieciséis, cero, cero. De nuevo, camino para el gimnasio. Fortaleciendo así cuerpo y mente. Y espero poder contagiaros esta valentía y ánimo que yo siento. ¡Hay que vencer al miedo y salir a entrenar!

Apagó el directo y guardó su móvil en el bolsillo de las calzonas. Avanzó unos metros, deteniéndose a dos metros de una fila de personas que esperaban para entrar en el

supermercado. Las normas habían establecido que estos comercios seguirían abiertos para el suministro básico, pero que el aforo permitido sería de veinticinco personas a la vez. A partir de ahí, solo saliendo una, entraba otra. La vigilancia de su cumplimiento era estricta. La participación de la ciudadanía había demostrado su cabalidad, respetando las medidas en todo el territorio. Aquel *vikingo urbano* preguntó con educación a la señora más próxima si era la última. Ante su confirmación, tomó posición a la distancia de seguridad y abrió el macuto. De allí extrajo una sudadera abierta. Se la puso, dejando la bolsa vacía en el suelo, y cerró su cremallera hasta el tope superior. Golpeó con sus pies el suelo de forma alternativa para espantar el frío mientras maldecía el viento que se estaba levantando. Sacó su móvil de nuevo y se dispuso a cuantificar las visitas del directo. Sonríe con satisfacción. Mucho mejor de lo esperado. Y encima lo tachaban de loco. Comentarios de envidia, comentarios de odio. Y, por supuesto, todo lo contrario. Tercera Ley de Newton: Toda acción tiene su reacción igual y opuesta. Comentarios que lo encumbraban como un héroe. <<Así se hacen las cosas>> se decía con la barbilla pegada al pecho por el frío. <<Ahora a comprar macarrones, tomate y atún. Luego para casa. A editar vídeos. Ya está bien por hoy>>.

Para Pablo, que era el nombre *offline* del *vikingo urbano*, esa era su clave del éxito. Engañar a una audiencia, ganar seguidores, exportar vídeos, monetizar su actuación. Él creía en su discurso, no era un completo hipócrita. Pensaba que eran unos estafadores el resto de entrenadores telemáticos. Pero no por ello iba a dejar de sumarse a la ola de los beneficios. Estaba en el paro y ello le supondría un ingreso si todo salía bien. Y el resto importaba bien poco.

El truco fue gestándose día a día. Las audiencias mostraban una voracidad creciente a la hora de verle y hablarle. Todos querían participar de aquellas escapadas al gimnasio. Aquella sensación de clausura que todos vivían se focalizaba con facilidad en aquel tipo que hacía lo que quería desafiando a las normas establecidas. Un temerario que se enfrentaba al virus con una sonrisa en el rostro, ajeno al pánico y a la sombra de la enfermedad. Para otros muchos, era uno de los mayores egoístas que convivían en su país. Pero la visita al canal era una espectador más, el número de visualización era un peso creciente y el éxito personal un objetivo palpable.

—<<Dinos dónde está ese gimnasio y vamos contigo>> me dice Leopoldo42. ¡No me tiréis de la lengua! Sabéis que no puedo revelarlo, es por seguridad —repasaba en plena emisión de una sobremesa más, camino de una presunta sesión de mancuernas—. Venga, os sigo leyendo que aún me quedan un par de minutos para llegar y machacar estos bíceps. <<¿Estamos en la misma ciudad? Yo creo que eso del fondo es el parque Emirato>> dice Virginia Cáceres. ¡Vaya ojo que tienes, chica! Sí, es el parque Emirato, cerrado por culpa de estas medidas que no permiten ni que vayamos a respirar aire fresco a nuestras zonas verdes. No obstante, no está por aquí el gimnasio, por si querías deducirlo a raíz de ese dato. <<Eres un cabrón, deberías estar en casa como todos. Ojalá te multen>>. Bueno, bueno, Federico va con las uñas fuera. Mira, amigo. Yo no considero que esté haciendo algo malo. Mantengo mis distancias de seguridad con la gente y en el gimnasio estoy solo. Y te tomo la

palabra, si hago algo fuera de su ley que me multen. Que se atrevan. Yo solo promociono la salud con honestidad, nada de falsos remedios caseros.

Pablo estaba seguro de que eso no ocurría. Siempre usaba la estratagema del gimnasio para ir a comprar al supermercado, por lo que, si algún día la policía le interrogase por el camino, bastaría con indicar que va a comprar o enseñarle el ticket de compra si venía de vuelta a casa. Ahí verían la hora de la compra. En el carné de identidad podrían apreciar que es el mercado más próximo a su calle. <<Estoy cubierto>>, se decía a sí mismo cuando una duda fugaz atravesaba su mente. Entonces desechaba la indecisión y continuaba como si nada. Así, el *vikingo urbano* siguió despachando comentarios en directo durante siete minutos más antes de volver a disculparse por cerrar la emisión para salvaguardar la identidad del lugar. Una vez fuera de línea, volvió a comprobar las cifras mientras llegaba a la esquina del supermercado. Subían sin freno. Su audiencia llegaba de todo el país y parte de Latinoamérica.

Pasada la primera semana, algo le puso nervioso. A través de las redes sociales le llegaban noticias de casos en los que habían multado a viandantes que no habían podido justificar su paseo. Al parecer, el control se estaba endureciendo a causa del incremento de contagios y muertes. Salir solo por motivos laborales, médicos, de asistencia o fuerza mayor. Muy cuestionables las incursiones por alimentación y productos farmacéuticos, que estudiarían caso por caso. Los que lo tenían sencillo para dar una vuelta eran los dueños de perros. Pablo se maldijo por no tener uno, pero en su piso de veinte metros cuadrados sería un castigo para el pobre animal. Los seguidores de su cuenta le enviaban aquellos anuncios casi como un reto. No pretendía que se quedara en casa, más bien darle motivos para salir más. O así lo entendía Pablo. Y de esa manera lo estaba filtrando en su conciencia. Por otra parte, Virginia Cáceres, su fiel seguidora, había comenzado a escribir comentarios en sus últimos vídeos anunciando que iba a descubrir cuál era su gimnasio secreto. En su alegato defendía que, al ser del mismo barrio, sentía el deber de dar con el local para lograr que lo cerrasen. Porque la alarma social no debía ir a más y no creía razonable que él fuese saliendo por ahí por el simple motivo de ponerse cachas. Aquello le descuadró. Se levantó del sofá y se internó en el baño dando un portazo. Fue al lavabo y se echó agua en la cara. Conocer esa intención le molestaba, en primer y visceral lugar, porque pensaba que como fan estaría impresionada por sus hazañas y que igual cuando esto pasase podría tener algo con ella. Se miró al espejo con surcos de agua cayendo por su rostro y prescindió definitivamente de esa idea llevándola al enfado. En segundo lugar, sopesó, ahora se sumaba al riesgo la sensación de sentirse espiado fuera de cámara. Es decir, que le desmontasen su figura pública. Porque cuando la chica se agotase de buscar en las proximidades un gimnasio que no existe, su siguiente paso lógico, razonaba Pablo, sería esperarle junto al parque Emirato, sabiendo que pasa por allí a diario, y seguirle con discreción. Entonces estaría vendido. No podía permitir que fuese pregonando que el *vikingo urbano* se dedicaba a comprar pan de molde sin cortezas mientras decía estar golpeando al saco. Pablo aprovechó que estaba allí y se lavó las manos a conciencia. Lo último que necesitaba era pillar ese odioso virus del que no paraban de hablar en todas partes.

—¡Skål, mis guerreros! Estamos haciendo frente al octavo día desde que se promulgó la cuarentena, ese fatídico sábado en el que nos obligaron a quedar presos en nuestras viviendas. Creo que se han cometido errores por parte de muchos, pero también que se está exagerando bastante. Una gran parte de la población somos resistentes a los duros efectos del virus, no diré inmunes pero sí lo suficientemente preparados para defendernos de él. La mayoría han optado por cumplir a rajatabla el encierro domiciliario y lo respeto. Sí, os estoy leyendo, tranquilos. No, mi respeto no entra en contradicción con lo que vengo compartiendo con todos vosotros. Yo me siento contrario a los entrenadores que hacen vídeos diciendo cómo tener el culo duro y los hombros anchos con dos ejercicios que podéis hacer en una esterilla de yoga en mitad del dormitorio. Eso son idioteces. También soy opuesto a que la gente joven, sana y deportista se quede encerrada. Pero allá cada cual. Yo tomé mi decisión. Animo a que seáis valientes. Pero no machaco a quienes no se atreven a ir al aire libre. No todos somos igual de fuertes...

Sabía el efecto que produciría su parlamento. Al instante, toda la pantalla quedó invadida por una cascada de comentarios agresivos. Los más suaves eran ejemplos exquisitos de humor negro. Los más duros, demasiado previsibles. Pablo entendía que esta polémica era necesaria de vez en cuando para que se propagase su fama. Correr ríos de tinta, que decían los antiguos, expresión ya caducada. Aprovechó la descarga de frases para tomar su sudadera y guardarla en el macuto sin que saliese en plano. Echó un vistazo a pantalla antes de hablar y leyó la notificación: <<Virginia Cáceres se ha conectado>>. La tensión se manifestó, a pesar de haberse convencido aquella mañana de que lo más probable era que la chica no perdiese el tiempo saliendo a la calle, jugándose su salud para encontrar un gimnasio. <<Sería una locura para alguien que cree tanto en la necesidad de cuarentena>> había razonado tras su primer café del día. Pero allí estaba entonces, congelado, atento a si hablaba o no en su emisión. Tras veinte segundos sin noticias por su parte, reanudó la conversación con sus espectadores con naturalidad. Tras unos minutos anunciaría su inminente salida.

—Las llaves... en el bolsillo. Perfecto, pues cojo mi macuto y para el gimnasio que vamos. Un segundo que cierre la puerta. Vale. ¡Vamos a la calle, mis guerreros! Mirad qué día hace. Es cierto que está nublado, pero seamos optimistas, no hay viento ni lluvia. ¿Vamos a quejarnos? Además dentro de vuestro hogar o el gimnasio no se siente las inclemencias del clima. Así que... —Levantó la vista y vio pasar un coche patrulla por la avenida próxima con una velocidad muy reducida. Pablo observó que en la calle que transitaba había una mujer con bata blanca que probablemente iría a trabajar. La única que compartía la vía con él. Todo lo demás era ausencia. No había peatones ni vehículos. Tampoco el ruido habitual de la ciudad en movimiento. Las nubes grises o la atmósfera de recogimiento habían aplacado hasta el jolgorio de los pájaros habituales. Apretó el paso—. No me da tiempo leer todos los comentarios, disculpadme. Me encanta salir por estas calles vacías. ¿No os ofrece la sensación de entrar en otro mundo? Hablo de escenarios postapocalípticos o realidades paralelas. Espacios en los que estamos solos y solos debemos sobrevivir. Para eso, precisamente, se requiere entrenar, partir el saco, doblar mancuernas y machacar la

banca de abdominales. Respirar aire puro en la calle. ¡Ser un auténtico *vikingo urbano*! Si es que no me canso de decirlo... ¡En casa solo se cogen kilos! Y traumas con el virus, os coméis las uñas, leéis bulos que os hacen palidecer y acabáis viendo vídeos de algún canal con nombre ridículo tipo *Cama-Armario-Escritorio, el cuadrilátero del hogar en forma*. Uf, no puedo con ello. ¿Habéis visto estos bíceps? —provocó enfocándose el brazo doblado para que saliese bulto del que presumir. Mientras lo hacía aprovechó para mirar atrás, pues le había parecido oír pasos y, acercándose al parque Emirato, quería evitar que esa tal Virginia le siguiera. Una vez comprobado que no había nadie por la zona, continuó entre risas forzadas—. Eso no se consigue ordenando las perchas ni la alacena. Y no os enseño la tableta porque estoy en mitad del vecindario... Bueno, bueno. Leo por aquí vuestras iniciativas caseras. Suerte, amigos. Vais a perder la tonificación, esa es mi opinión. Allá vosotros. Sí, como escribe CamiloTRX, una buena alternativa es hacer uso de la azotea para entrenar. Claro, pero no todo el mundo tiene esa posibilidad. Además, allí no tienes maquinaria para estar intensivo. No obstante, bueno, reconozco que el remedio más plausible. ¡Al menos hasta que os echen los vecinos de la última planta por el ruido que montáis! Bueno, esta noche publicaré un vídeo sobre alternativas reales para entrenar en sitios abiertos como azoteas. Pero, vuelvo a decir, nada de soluciones para ejecutar en la salita con la tertulia de fondo en la televisión. Esto es para gente seria. Me voy despidiendo, mis guerreros. Espero que os cunda tanto como a mí. Nos vemos mañana en otro directo. ¡Skål!

Se giró al instante y volvió a comprobar que era la única alma que atravesaba aquellas calles. Cruzando la avenida, le llegó el rumor de una fiesta en un piso de estudiantes que se extendía al balcón, según pudo comprobar metros adelante. El doble carril estaba iluminado por una hilera de farolas silenciosas que emitían su luz naranja como si de una vieja fotografía se tratase. Por las calles habituales casi se sentía un intruso. Pero eso le gustaba. Le crecía una alegría súbita en el pecho, sin nombre ni definición, por aquella soledad que disfrutaba al quicio de las normas. Esa alegría se sumó a la sorpresa de que no hubiese gente haciendo cola para entrar a comprar en el supermercado. <<Pasta de dientes, verduras y café>> repasaba en voz baja mientras se aproximaba a la puerta de cristal. Y allí se quedó plantado.

Nada hizo abrir las puertas de cristal. Ningún movimiento de sus brazos a la altura del sensor. Aquello le extrañó. Miró al interior del supermercado y las luces estaban encendidas pero tampoco se veía a nadie al otro lado. Dándose la vuelta, no pudo encontrar otra figura humana en aquel cruce de calles. Extrañado ante la falta de cartel que justificase la clausura del comercio, se apoyó en la pared y pensó en otros supermercados o tiendas de alimentación. Le vino a la memoria uno de esos exprés, con poca variedad de productos pero suficientes. <<Si no me equivoco...>> se decía mientras arrancaba a caminar, <<estará al final de la avenida, junto al concesionario>>. Y volvió a la calle de luces naranjas. Las farolas creaban sombras irregulares contra los comercios y portales, recortes de oscuridad de los árboles estáticos bajo el laberinto de tonalidades grises que presentaba el cielo de aquella tarde. Él mismo avanzaba paralelo a su sombra que subía y bajaba por las paredes. Pablo solo identificaba el sonido de sus botines al avanzar por el acerado. De vez en cuando, alguna baldosa suelta se levantaba como un mecanismo secreto. Iba

mirando a las calles perpendiculares que superaba y nada se movía en aquellos lugares. Comenzaba a pensar que se había internado de verdad en uno de aquellos mundos paralelos de los que hablaba con su audiencia.

Pero si bien eso era posible, no sabía tanto de física como para afirmarlo. Al menos pronto se refutó la soledad absoluta que había imaginado en su diseño de ciudad irreal. Asomó un coche policial en una esquina que desembocaba a la propia avenida. Pablo continuó caminando pero no estaba tranquilo. Había leído mucho al respecto aquellos días. No quería una multa, al fin y al cabo. Entonces, en un acto de instinto animal, se agachó tras un *Seat Ibiza* y se encogió como bien pudo hasta que pasase aquel vehículo. El sonido del motor se iba aproximando poco a poco, en un alarde del uso de la primera marcha. Esa fue la impresión de Pablo y su metro ochenta y tres, plegado en menos de un metro de escondite. Cuando estaba a su altura, se aseguró de que ni su macuto ni él se veían desde la carretera. Inmediatamente después, fue consciente de la imagen. <<¿Es esto lo que un *vikingo urbano* debería hacer?>> pensó como reacción y reproche. Se rio de sí mismo, poniéndose en pie, comprobando que la patrulla se había perdido calle abajo. Se consoló con la idea de que nadie lo había visto. Podía ser olvidado sin reparo. No obstante, ese miedo súbito fue una constatación de que las reglas del juego habían cambiado. Al menos para Pablo, ya tan lejos de casa. Debía andarse con ojo. Pero se lo tomó como una yincana de sigilo y agilidad. Algo con lo que poner a prueba sus habilidades.

Llegó a la tienda en cuestión. Cerrada. Un cartel blanco lo indicaba más allá del enrejado que caía sobre la puerta. Pero no se daba explicaciones. Los bloques colindantes tenían las ventanas iluminadas en casi todas sus plantas, pero nadie las atravesaba ni se oía una emisora de televisión o radio. Aquello le hizo dudar de nuevo. Las opciones eran volver a casa o buscar un nuevo supermercado para hacer sus compras necesarias. La tarde oscurecía con prontitud, cediendo el gris de las carreteras al tono del cielo, fundiéndose los extremos de toda altura. Allí, plantado en el final de la avenida, con una circunvalación vacía frente a él, pensó en que necesitaba comprar el café. Sus mañanas debían empezar con buen pie. Se la jugaría a una última carta. Y ya tenía en mente dónde había un supermercado de grandes dimensiones al que podría llegar en unos diez minutos si se daba prisa. Sacó la sudadera y se la puso cerrada. Se ajustó el macuto atravesado a la espalda y partió a su nuevo objetivo con los ojos bien abiertos.

Llegando a la zona, calculaba que la vuelta a su casa la haría en unos veinticinco minutos. Se había desplazado mucho más de lo habitual, pero quería asegurar la apuesta. Este supermercado era uno de los más grandes de aquella zona de la ciudad, con casi total seguridad estaría abierto y tendría todos los productos que necesitaba. Lamentaba no haberse traído los auriculares para ir escuchando música por el camino. No obstante, sin ellos estaba más alerta. De hecho, Pablo era consciente de que se estaba volviendo un poco susceptible a la posibilidad de que le estuviesen siguiendo. Creía oír pasos constantemente y, al girarse, no había nadie. También se refugiaba rápido en las sombras de los portales si veía pasar algún coche a la distancia, sin siquiera discernir si era de la policía o no. Se reconocía a sí mismo que, con esa actitud, parecía más un criminal. Pero no podía evitarlo.

Dobló la esquina y a los pocos pasos aminoró la marcha. Ya el mastodóntico edificio donde estaba alojado el supermercado se intuía fuera de servicio. Todo apagado, cocheras cerradas. Pero a unos metros por delante, en aquel amplio acerado completamente naranja por la iluminación, un trío de policías hablaban entre sí, con los coches abiertos y señalizados en la carretera. <<Probablemente>> pensó Pablo, <<un control de carretera rutinario>>. Pero no se quedó a comprobarlo. Uno de los agentes se le quedó mirando con fijeza. No tenía nada que hacer allí, era consciente, así que se giró y enfiló sus pasos en dirección a su casa. Dos zancadas después, una voz cortó el aire. Era algo que no llegó a identificar. Pero en la mente de Pablo cada sílaba deformada por la distancia había generado un abanico de significados y mensajes de los que no cabía esperar nada bueno. Sumado ello al sonido, real o inventado, de pasos aproximándose, hizo que el *vikingo urbano* saliese corriendo de manera imprevista hacia la calle más alejada de aquel lugar. Poco le importó seguir oyendo voces. No iba a girarse y comprobar si eran dirigidas a él. Las calles solitarias hacían reverberar sus pasos, confundiendo su carrera con las hipotéticas carreras sus perseguidores, una suerte de aplauso plano que delataba su trayectoria a través de las calles.

Tras doblar tres esquinas en direcciones aleatorias, sorteando la visión de otros coches patrulla que vigilaban con parsimonia el cumplimiento de aquel estado de alarma, Pablo divisó una zona de arboleda sin urbanizar que no presentaba dificultad para adentrarse a pie. Allí fue, animado por sus sombras y la falta de acceso alquitranado para los vehículos de las fuerzas del orden. Tras tomar aliento y comprobar que nadie le había seguido la pista hasta allí, fue a un claro de luz que había entre árboles. Allí, resoplando por la carrera, intentó pensar con mente fría. Por supuesto, lo primero que emanaba de él eran insultos y maldiciones hacia esas normas de clausura. <<Tengo que sacar provecho de esto, qué cojones>> murmuró sacando su móvil, una vez desahogado. Dispuesto a un nuevo directo, esperaba la conexión frente al disco que giraba sobre sí mismo en la pantalla negra del teléfono.

—¡Mis guerreros! Sé que no es lo acostumbrado. Hacer dos directos al día, ¿es que me he vuelto loco? Pues sí, supongo que sí. Pero quería compartir con vosotros la alegría que recorre mi cuerpo. Tras una intensa sesión he decidido aprovechar para venirme a hacer deporte al aire libre. Porque me lo pedía el cuerpo, claro que sí. Y quería compartir con todos este subidón que supone salir anocheciendo a ponerse en forma en medio de la naturaleza. Como veréis detrás de mí, no hay más que arbustos y árboles. La luna cobrando protagonismo de fondo, ¿os fijáis qué silencio? Es una maravilla. Estoy encantado. Disculpad la falta de aliento, estuve haciendo *cardio* aquí mismo hasta hace un minuto, para no ceder ni un gramo a las grasas que estamos consumiendo estos días. Además, está bien combinar estos escenarios con nuestros equipos usuales del gimnasio. Yo creo que es la clave, para fortalecer cuerpo y mente, ¿qué creéis? Os leo.

Se recuperaba poco a poco, avanzando entre las densas sombras de aquel paraje que perfilaba uno de los extremos de la barriada. Intuyendo la dirección por la que debía marchar para aproximarse a su zona, fue esquivando como pudo matas de tallos espinosos mientras iluminaba el camino con la luz fría del teléfono. Leía poco a poco

los comentarios, avanzando con una oreja puesta a las proximidades. Confiaba en que sus perseguidores se hubiesen quedado fuera de aquella naturaleza urbana. Si es que le habían seguido hasta allí, pues no tenía más que un pálpito como prueba. Paró en seco sobre una zona blanda y resbaladiza, que deseaba que fuese barro y no algo peor. Algo había llamado su atención en la pantalla.

<<Pues yo creo que he descubierto a qué gimnasio va...>> había publicado esa tal Virginia Cáceres. Y había guardado silencio mientras el aforo del vídeo iba rumiando sus palabras y exigiéndole, más que rogándole, esa información privilegiada. Pablo estaba atrapado en la espera y ya no recordaba que su cara de circunstancia estaba siendo emitida en estricta conferencia para los casi cuatrocientos usuarios que estaban conectados. Aquella maldita seguidora tendió un enlace entre aquellos comentarios. Se hizo una pausa terrible en aquel discurso, producto del acceso colectivo a aquella otra página facilitada por Virginia Cáceres. Pablo, que no era menos, entró en la dirección web. Mientras aquella página cargaba, estaba ignorando los comentarios que en su propio canal escribían los seguidores para ridiculizar su cara de concentración. Una vez se cargó el enlace vio una foto publicitaria de un gimnasio de su barrio. Suspiró aliviado.

—No tenéis ni idea. Has ido de lista y ¡vaya patinazo, Virginia! —comentaba con un afluente de risa espontánea. <<Por supuesto que aquella chica no va a salir a la calle para buscar un estúpido gimnasio>> se recordaba a sí mismo—. Ese sitio está bien pero se queda pequeño en maquinaria y se forman colas. He estado, claro. No está a la altura del que yo voy, vamos. Yo tengo mejor ojo porque...

Y ese ruido no fue imaginado. Algo había en la cercanía. Pablo dejó de hablar para enfocar con su móvil los alrededores pero no alcanzó a localizar su origen. Volvió a la cámara, más por sentirse acompañado que por defecto de comunicador. Le explicó a su audiencia que había oído un ruido próximo, que no alcanzaba a averiguar de qué se trataba. Entonces unos pasos apresurados se oyeron nítidamente dentro y fuera de la pantalla. Pablo se giró y preguntó quién andaba por ahí a voz en grito. Sus ojos buscaban entre las sombras mientras su mente diseñaba un plan de huida en la dirección de los bloques de pisos más cercanos. El manto de hojas y ramas secas del suelo volvieron a crujir de forma próxima. Pablo, sin atender a sus seguidores, manipuló su móvil para activar la función de linterna del flash de su cámara. Levantó su brazo a la altura del rostro y vio como dos enormes círculos verdes se iluminaban a unos metros de distancia. Esas esmeraldas que flotaban a unos sesenta centímetros del suelo se fueron aproximando en silencio. Otras dos esmeraldas se aproximaron desde su derecha. Un hocico, colmillos. Lanzó un potente ladrido. Pablo no necesitó más. Salió corriendo sobre la hojarasca, golpeándose contra ramas y maleza. Ahora sí que podía firmar sobre los pasos apresurados que le seguían y ganaban terreno. De hecho, Pablo detectó en plena carrera cómo las pisadas se multiplicaban. Gritando quejidos agudos, aquel *vikingo urbano* corrió a máximo rendimiento hasta alcanzar la calle más próxima. Sin frenar el paso, sintiendo los animales pegados a sus piernas, fue hasta unos coches aparcados en batería y saltó sobre el capó de uno de ellos. De ahí fue, sin tomar aliento, subió al techo del mismo. La alarma del vehículo se activó con estruendo, haciendo parpadear las luces

laterales y llamar la atención de los vecinos próximos, que se asomaban a sus ventanas a ver qué ocurría. El par de perros ladraban con furia a aquel sujeto con la cara blanca que se encorbaba desde lo alto. Pablo les gritaba que se fueran, entre pitos y resoplidos. Algunas carcajadas llegaban desde los balcones, donde algunos grababan con el móvil. Al verlos, Pablo recordó que aún tenía el directo abierto en el suyo. Fue a cerrarlo y apreció la ristra de comentarios jocosos sobre sus gritos, huida y expresiones faciales. Desconectó la sesión sin pensarlo. Por la esquina próxima, llegaba un coche patrulla que, al verlo, encendió las luces azules y pulsó con intermitencias la alarma. Los chuchos, al ver aproximarse el vehículo, volvieron a la arboleda en pleno trote. Pablo comenzó a respirar más aliviado. La patrulla se detuvo junto a él y bajaron del vehículo.

—¡Baje ahora mismo de ahí! —Le espetaron mientras uno de ellos echaba mano a la porra.

—Era una emergencia, señor agente —tartamudeó el deportista, sin recuperar del todo el aliento—. Los perros...

—¡Que baje le digo! —ordenó sin ganas de nuevas amistades el otro, que le enfocaba con una linterna para apreciarle mejor el rostro—. ¿Está bajo los efectos de las drogas?

—No lo sé. Podría —respondió el otro agente con cara desconfiada.

—Claro que no me he drogado, ¿qué se piensan?

—Eso dicen todos, muchacho. Venga, baje aquí... —continuaron mientras Pablo descendía con tiento—. Las manos contra el capó, venga.

—¿Qué?

—¡Contra el capó he dicho! —Y le obligaron con gestos bruscos. Una vez registrado, sin drogas o armas que solucionaran el caso rápido, le solicitaron el macuto. Ambos se extrañaron aún más de que lo tuviese completamente vacío.

—¿Qué hace usted aquí?

—Aquí exactamente, huir de esos perros que habrán visto y...

—No, me refiero en la calle. Qué hace fuera de casa si está decretado el estado de alarma, como bien sabrá —interrumpió el agente de la linterna, sin ganas de perder el tiempo.

—¿Haciéndose el cachas? —dedujo el otro agente por la imagen de su ropa deportiva.

—Bueno, no. Estaba comprando —trató de argumentar Pablo, mientras el agente abría la cremallera de su macuto para ponerlo bocabajo y constatar que allí no había nada.

—¿Drogas?

—No, joder. Comida —continuó en su defensa.

—¿Un domingo? Venga, por espabilado, te vas a pasar la noche entre rejas.

—¿Cómo?! —Perplejo, mientras lo llevaban al coche patrulla, comprendía por qué estaba todo cerrado—. ¡Que iba a comprar café y pasta de dientes, de verdad!

—Ni comida ni cartera. ¿Y sigues mintiendo, muchacho? Anda, anda... Desobediencia a la autoridad e incumplimiento expreso del deber de permanencia en el hogar. Cuidado con la cabeza —comentó antes de cerrar la puerta del vehículo.

Pablo cayó en la cuenta que con la tensión de la conexión de esa tal Virginia Cáceres se había olvidado de revisar si tenía todo. Apenas cogió las llaves y la sudadera. Se maldijo a sí mismo, no sin antes tratar de convencer a los policías de su inocencia sin éxito. Esa misma noche, alguien en comisaría le reconoció. Se corrió la voz. Pusieron algún que otro vídeo suyo entre los agentes. Vieron sus ostentaciones al margen de toda responsabilidad. A la mañana siguiente una foto de Pablo al otro lado de las rejas tenía más de cien mil visitas. El publicista anónimo la había acompañado de un pequeño texto que rezaba: <<Se pasó de *vikingo urbano*. Ahora va a hacer flexiones con la cabeza entre la cama y el váter. Deporte de conciencia>>.

FIN

Alberto Revidiego

Cuarentena , Sevilla, 2020

Relato alojado en: www.albertorevidiego.com

CUARENTENA, MIS COJONES

Relatos para rebeldes civilizados

LA CAJA



Alberto Revidiego

CUARENTENA, MIS COJONES

Relatos para rebeldes civilizados.

PREÁMBULO DESDE EL CONTAGIO

Ante un escenario de pandemia mundial, con el estado de alarma decretado por el gobierno del país y un recorte de derechos por razones perfectamente comprensibles surgen los **rebeldes civilizados**. Todos los conocemos. Puede que seamos incluso uno de ellos. Estas personas, numerosas y sin bandera, se definen como aquellas que no queriendo asimilar la cuarentena, la respetan. Pero la respetan de puertas adentro. En *petit comité*. Sin que se conozca. Porque su imagen pública, su posición frente a los demás, debe ser la del *outsider*, el antisistema. Aquellos a los que las normas se le antojan una exhibición de paternalismo innecesario. Tipos duros, mujeres indomables. El espíritu del punk. Todo, por supuesto, de cara al público. Porque saben que lo primero es combatir al *bicho*. Porque leyeron en una foto de internet eso de <<yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvaré>> y le dieron *like*. Porque les gusta pensar en *Spiderman* con su cantinela de <<Un poder conlleva una gran responsabilidad>> y demás confesiones de la gran pantalla. Piensan en heroínas y héroes, en los libros que les inspiran. Las canciones que dicen aquello que sienten y no sabían expresar. Esa voluntad de resistencia cueste lo que cueste. Pero siempre evitando que se publique, que lo sepan los demás. Hay una imagen que mantener. Que quede en privado. Los **rebeldes civilizados** son aquellos que viven en el ridículo, que en apariencia se mofan del miedo del resto mientras, en silencio, tratan de recordar si cerraron bien la ventana para que no se les cuele el virus. No vaya a ser que una tos rompa su frágil armadura y descubran que son humanos. Incluso, más humanos que el resto. Y eso no puede ser.

LA CAJA

<<La gente piensa en el océano y proyecta ideas recurrentes de costas soleadas, oleaje amistoso y algún navío de mediana eslora recorriendo la imagen a lo lejos, mucho más cerca que el extremo del horizonte que parte el mundo en dos o, a veces, lo confunde en un mismo todo. Pero eso no es el océano. Se equivocan. En realidad es una masa pesada de agua cuyo color azul desaparece al romper la tensión de la superficie. Y entonces llegan los grises. Estratos y estratos de matices, imposibles de ordenar de forma lineal. Fui cayendo entre ellos y mis ojos no enfocaban nada porque ante mí solo había oscuridad. Entonces fui a ciegas. Era inútil tener miedo, el miedo paraliza. Avancé hasta topar con el fondo. Y allí me esperabas tú. No te vi, claro. Pero sabía que eras tú. Entonces me susurraste que el horizonte es el fin del mundo. Que todo caía por allá. Me deseaste el mejor de los cuidados para alejarme del borde. Yo, por supuesto, respondí que eso eran teorías absurdas. Entonces sentí cómo me agarraban de los hombros, de los brazos, de las piernas y el estómago mientras surgía una voz que me preguntaba si tenía cambio de cincuenta>> había relatado mientras terminaba de ponerse el uniforme. Se miró a un pequeño espejo y cerró la taquilla. Esperó a su compañera a la distancia, revisando el interior de la pequeña mochila que siempre llevaba consigo.

—¿Y entonces qué? —quiso saber ella mientras guardaba todo y cerraba su propia taquilla.

—Me desperté, ¿qué si no? —concluyó Vanesa, divertida por la atención recibida, poniéndose los guantes de látex que la empresa había facilitado a sus trabajadores.

—Pues vaya pesadilla —contestó su compañera, mientras enfilaban el pasillo que les llevaría a sus puestos, enguantada también y con la mascarilla en posición—. Yo solo recuerdo temer mientras sueño que me levanto tarde y me echan del trabajo.

—¡Tú eres demasiado responsable!

—No te pases, es la verdad.

—¿Sabes? Creo que mi sueño tiene sentido. Es decir, no en el mar, pero a veces me siento en una maldita pecera. Todo el día viendo a la gente pasar por delante como peces aleatorios. Y el mundo exterior al otro lado de esos ventanales... ¿tú no, Ana?

—Ponte la mascarilla anda, que abrimos en dos minutos y ya estoy viendo la fila de clientes en la puerta de la pecera.

—Allá vamos —dijo antes de girar hacia su puesto y encender la máquina.

Revisó el cambio, probó la emisión de tickets y ajustó la altura de su silla. Miró a la puerta aún cerrada y, de nuevo, a su compañera. Toda comunicación entre ellas fue un arqueamiento de cejas. Habían establecidos funciones no rotatorias para ese periodo de cuarentena. Ellas serían las únicas en aquellos puestos de cobro durante su turno. Y la gente entraría poco a poco. Eran las normas impuestas ahora que

estaba tan sensible la lucha contra el virus que azotaba al país. Puntual, llegó el supervisor, saludó de forma protocolaria a ambas y activó el sensor de la puerta. Comenzaba un día más en el supermercado.

Existen los *clientes de expedición* y los *clientes de asalto*. Era un canon empírico para ellas. Lo tenían bien estudiado. Los primeros eran aquellos que se perdían entre los estantes de comida. Entraban al local y el tiempo perdía su firmeza, derritiéndose como en los cuadros de Dalí. La física no había obtenido para esto más respuesta que la *Teoría de la Relatividad*. La industria subrayaba el *neuromarketing*. Pero no era algo implantado. Esto brotaba de los mismos individuos. Esas personas renunciaban a poseer la conciencia precisa sobre cuándo volverían a atravesar el exterior. Cuándo verían a sus familiares de nuevo. Con ojos atentos, velaban su caminata frente a las posibles ofertas. En estos supuestos daba igual si traían la lista de la compra hecha o no. En tal caso, era un mero recurso escenográfico. Por otro lado, estas personas tampoco eran garantes de la realización de suntuosas compras. Podían salir tan solo con pienso para el perro. Con pienso barato, cabría apuntar dado el resultado del atento estudio de las trabajadoras. El número de minutos y pasos invertidos allí dentro respondían a claves personales de cada consumidor. Igual paseaban ante los productos ahora que ya no podían hacerlo por las avenidas. Como un sucedáneo. El propio supermercado como marca blanca de la ciudad que le albergaba.

La otra categoría era más sencilla. Los *clientes de asalto*, como su nombre apunta, eran aquellos que traían de casa la estrategia militar para cumplir su misión. Por lo general, solían tener en mente un producto o dos. Nunca más de cuatro, sin duda. Entonces tomaban posiciones desde la cola de acceso. Visualizaban en su mente dónde estaba situado su objetivo. Entonces ejecutaban el acceso, captación, retirada, pago y evasión a marcha forzada. Así hasta ingresar en la base central, esto es, su domicilio privado. Los *clientes de asalto* traían su propia bolsa, muchas veces incluso el pago exacto. Preferían un trato aséptico. No eran personas bordes ni groseras. Basaban su seguridad en la automatización de sus actos. Por lo demás, eran como todos.

—Un minuto, quince —informó Ana, desde su puesto, cuando despachó al primer cliente.

—Y mucho me parece —contestó Vanesa, aún ociosa hasta que llegasen las primeras compras—. No sé el motivo pero me cae mal ese tipo que siempre viene en calzonas. Cuando no hace tiempo para eso... Me parece un chulo de gimnasio.

—Pues a mí me da pena que no me hable, me gustan los rubios —dijo sonriendo con los ojos por encima de la mascarilla.

—No es mi tipo, precisamente —respondió con alegría mientras veía venir a otros *clientes de asalto*. <<Dos minutos, doce. Vaya, esta mujer ha perdido su marca del día anterior. Por catorce segundos, qué lástima>> continuó para sí, mientras la cobraba en absoluto silencio.

Cuando terminó con un par de clientes, levantó la vista y vio a su compañera escuchando con tranquilidad a otra mujer, ya conocida del trato de tantos meses. Parecía que transmitía un asunto muy importante, a razón de la seriedad con la que le miraba, dejando de guardar en las bolsas aquellas cajas de té que había comprado. Cuando terminó, se despidió con educación y vio girarse a su amiga con las cejas arqueadas.

—Pobre mujer. ¿Has visto la de cajas de té que se lleva? Ocho he contado mientras las pasaba por el lector de códigos.

—Apasionada de las hierbas —trató de bromear Vanesa, echando un rápido vistazo para controlar que no hubiese clientes ni el supervisor en las cercanías.

—¿Apasionada? ¡Pero si hace tres días se llevó otras ocho!

—Entonces, adicta.

—No es por eso, no. Me ha estado contando... —En estos momentos aprovechó para bajar el tono de su voz, chistando más que dialogando—. La mujer cree eso de que la infusiones muy calientes matan al virus este de la pandemia. Que si un farmacéutico ha dicho por internet algo así. Ella y el marido se están atiborrando a infusiones calientes a todas horas. Pobrecilla.

—Pobrecillo él, ¡que seguro que le fuerza a beberlas contra su voluntad!

—Fijo. Pero vamos, mira que hacer eso cuando ya se ha dicho que es lo que hay que hacer para no pillar el virus...

Otra tanda de clientes llegaban y Vanesa se vio impelida a atenderlos. A pesar de las comunicaciones por parte de las grandes cadenas de suministros, ella veía cada día cómo la gente se llevaban a sus casas enormes cantidades de papel higiénico y cartones de leche. Llegaban a la cinta con el gesto satisfecho del que, por ínfima suerte de última hora, se habían hecho con aquellos bienes tan preciados. La realidad era que, salvo el primer fin de semana de la cuarentena, nunca habían estado faltos de esos productos. <<Si con ese consuelo viven más tranquilos...>> pensaba Vanesa cuando veía venir los carros llenos. La cadena de consumidores fue fluida y tan solo diez minutos más tardes pudo retomar la conversación con su compañera Ana.

—¿Qué querías decir antes sobre no pillar el virus? ¿Lo de lavarse las manos y usar mascarillas?

—¿Qué? No, no, aparte de eso. Me refería a algo más efectivo. Lo del... remedio natural. Están bajando los casos de contagiados.

—¿Remedio natural? ¿Morirse antes de pillarlo? —ironizó Vanesa ante las ideas de su compañera, quien mantenía un rictus serio, descolgando el labio inferior en una u perfecta.

—Qué desagradecida eres. Encima que iba a compartir esto por el bien de tu salud... No hablo por hablar. Funciona.

—¿Quién lo dice?

—Coño, niña, yo te lo digo, que lo hago todas las mañanas —respondió acorralada con aspavientos de sus guantes.

—Bueno, venga. Dime, ¿qué remedio? —preguntó Vanesa, fingiendo interés. Los *clientes de expedición* aún tardarían unos minutos en aparecer por la zona de pago.

—Pues mira, te cuento. —El enfado pasó como una nube empujada por el viento, dando visibilidad a una verdadera ilusión por dar a conocer verdades ocultas al gran público—. Y quiero que estés muy atenta. Esto me lo ha dicho una vecina mía, concejala. Así que sabe de qué va la cosa. Está en los despachos. Ya sabes que se emiten circulares internas y órdenes. Bien, pues en una de ella me dijo que se especificaba que el virus, al parecer, depende en gran medida de un déficit de refuerzo de vitamina C en las vías de entrada, es decir, las vías respiratorias. Me ha comentado que lo mejor para prevenir y enfrentar sus ataques es hacer cada mañana, recién despertados, gárgaras con un zumo de naranja. Pero un zumo de tres naranjas mínimo. Para generar la suficiente concentración vitamínica. Reforzando cada día la entrada bucal no hay riesgo de contagio. Eso me recomendó y lo cumplo escrupulosamente.

—Beber zumos de naranja —resumió Vanesa, con los ojos muy abiertos por la incredulidad.

—Hacer gárgaras con zumos de tres naranjas. ¡No retuerzas la información que al final se hacen las cosas mal! —corrigió su compañera con dureza.

Llegaron nuevos peces que pasaban frente a ella sin saludar siquiera, a sus ritmos particulares, flotando al otro lado de la cinta con rostros pálidos y cejas alicaídas. Apretaban los labios con fuerza si no llevaban mascarillas. A Vanesa le era fácil imaginar que soltarían una enorme burbuja si no lo hicieran. Ellos se afanaban en seguir con sus grandes ojos el transcurrir de los productos hasta la rampa donde los esperaban con sus bolsas preparadas para guardarlos. En algunos clientes se les empezaba a notar la necesidad de peluquería. En otros, horas de sueño. Vanesa evitaba mirarse en el espejo de la pared del fondo, por si acaso encontraba los mismos síntomas. Pasaba productos sobre el sensor láser mientras trataba de no pensar en lo lejos que quedaba la hora de volver a casa. Las luces halógenas brillaban con intensidad sobre sus cabezas, examinándolos como un río de hormigas que a lo largo de las horas desfilaba como una procesión. La pecera seguía girando.

Cuando la llave se tumbó sobre su aplique le recibió el olor de la cena desde la oscuridad de su recibidor. Su hogar era pequeño pero la distribución de los muebles y la calidez de las luces le daban el acogimiento necesario para sentir que a ese lado de la puerta empezaba un territorio benévolo y compasivo. Daba igual cómo fuese el día. Allí se sentía robustecer su ánimo. Su sofá mullido, sus plantas junto al balcón. La cocina tan colorida rompía la sobriedad del resto del piso, tan centrada en elementos de maderas grises y tonos malvas, pero Vanesa era consciente de que

había que llegar a acuerdos cuando se vive en pareja. Dejó su mochila en el suelo y se internó en la cocina para ver a qué correspondía aquel olor.

—Es un experimento —dijo una voz titubeante a su espalda.

—¿Qué es, Vic? —intentó sonsacar Vanesa, acercándose a la cacerola sin éxito para adivinarlo.

—Primero probamos y si te gusta, te explico —negoció acercándose a ella. Hizo el amago de abrazarla pero se contuvo—. ¿Te has lavado bien las manos? ¡No te has lavado aún! Y estas en los fogones, ¡venga a quitarte esa ropa y lavarte bien esos dedos!

—¡Sí, mi capitana!

—¡Sí, mi Comandante de la Cuarentena Mayor! —corrigió mientras la veía marchar por el pasillo camino del baño.

Cuando Vanesa volvió se encontró a su novia tumbada en el sofá mirando las noticias que emitían en la televisión. Un comunicado especial. Todos los días había uno. Le dijo que iba sacando la comida y Victoria apenas murmuró su aprobación. Cuando le llamó a la mesa fue inútil. Tuvo que ir a buscarla. Estaba ensimismada con las últimas declaraciones.

—¿No crees que si lo emiten todos los días ya dejan de ser especiales esos comunicados? —apuntó Vanesa, tomándola de la mano y tirando para que se levantara.

—Creo que la situación se está agravando. ¿De veras tienes que ir a trabajar? ¿No pueden sustituirte?

—Guapa, hacemos turnos. Alguien tendrá que atender a la gente para sus suministros, ¿no crees?

—Pero no confío en las mascarillas que te dan en el supermercado. Seguro que tu jefe trata de ahorrarse céntimos y pilla las más baratas...

—¿Lo discutimos con la barriga llena? Me muero de hambre —sentenció apagando la televisión. Por el olor de la cocina merecía la pena ir a trabajar cada día.

La mañana siguiente se levantó fría y gris. Buscó a tuestas a Victoria y no la encontró en su lado de la cama. Extrañada, se puso en pie y fue a la cocina a prepararse un café. La encontró en cucillas sobre una silla, mirando el ordenador con una taza humeante a su lado.

—¿Trabajando? —quiso saber Vanesa, porque a pesar de saber que su pareja era licenciada en economía, no entendía bien en qué consistía su trabajo en el departamento de transparencia digital de la empresa para la que trabajaba.

—No, leo noticias. ¿Sabías que países próximos al nuestro están aplicando medidas distintas frente a los casos de infección por virus?

—Vic, cariño. Quiero desayunar creyendo durante un ratillo que mereció la pena dejar sobre la almohada ese sueño con Emma Stone a medio terminar.

Un asentimiento de cabeza fue toda respuesta por parte de Victoria. Siguió repasando titulares en aquella pantalla blanca. Vanesa fue a prepararse algo para tomar fuerzas. Mientras se calentaba la cafetera vio el cuenco de frutas sobre la encimera. Pensó que no perdía nada por acompañar sus cereales con un buen zumo de tres naranjas.

La pecera tenía cola frente a sus puertas. Una fila de personas, separadas por metro y medio, que llegaba hasta la esquina próxima. Vanesa casi se sentía como una persona vip, de esas que para entrar en un garito le dejan saltarse toda la espera ante la mirada indignada del resto. Era su medio minuto de gloria. Luego venía la rutina. Vestuario, medidas de seguridad, posiciones, levantamiento de cejas por encima de la mascarilla. Ese día había avalancha de *clientes de asalto* porque alguien había dicho en la televisión algo sobre la posibilidad de que en los próximos días faltasen algunos productos como la mantequilla o las compresas. Vanesa y su compañera tuvieron que ir negándolos cada vez que nadaba un pez por delante de la caja. No fallaba. Un señor le preguntó con tono acusador si pensaban quedarse sin suministros en la próxima semana, porque si era así tenían derecho a saberlo. Insistió tanto, bloqueando el cobro del resto de clientes, que tuvo que ser invocado el supervisor para que le tranquilizase ante el rumor infundado.

—La gente se asusta muy rápido —bromeó el supervisor tras una segunda resolución de dudas en algún momento posterior de la mañana. Ambas le sonrieron pero su gesto solo se intuía por las arrugas junto a los ojos—. Pero hay que entenderlos... Es una situación peligrosa. Es algo serio. Hay que estar atentos a la seguridad y los avances en busca de la protección frente al virus.

—Supongo que usted conocerá el efecto de las tres naranjas, ¿no? —intervino Ana desde su puesto, con rostro de solemnidad bajo la máscara.

—Pues... creo que no —confesó y aquella trabajadora le contó todo el procedimiento con todo lujo de detalles. Cuando terminó, el supervisor emitió una buena carcajada y se acercó un poco a su posición, sin dejar de mirar a ambas—. No me malinterprete, no me río de usted. Me hace gracia porque de por sí es sano beber zumo de naranja. Pero, si bien no anda mal desencaminada, ese no es el remedio más directo para prevenir el virus.

—¿Cuál entonces? —quiso saber Vanesa, alegrándose internamente de no haber confesado aún a su amiga que había hecho gárgaras esa mañana.

—Frotarse el pecho con media rodaja de limón justo antes de dormir cada noche. Te despiertas con las vías respiratorias más abiertas y fortificadas. ¡Probadlo! —animó

y para subrayar sus buenos efectos se quitó la mascarilla y tragó una amplia bocanada de aire sin dejar de sonreír—. ¡Invulnerable!

—Si es invulnerable, ¿por qué sigue usando guantes y mascarilla? —preguntó Vanesa, a quien todo aquello le parecía un teatro en directo.

—Porque tranquiliza a los clientes, obvio.

Una vez terminaron la jornada, su compañera le susurró que el remedio del supervisor le parecía una estupidez y que no tenía que haber pegado esa bocanada junto a la puerta de entrada de tantísimos clientes. Su remedio de naranjas no era comparable con la superficialidad de aquel mejunje. Además, recordó que las gárgaras había que hacerlas con el zumo recién exprimido. Que las vitaminas se evaporan deprisa.

De vuelta a su hogar, no vino a recibirlo ningún olor en concreto. El piso estaba a oscuras y eso ya le terminó de inquietar. Antes de salir del supermercado había llamado a Victoria para preguntarle si le apetecía algo en concreto para comprar de cena y su móvil no había dado señal. Y, conociéndola, era improbable que hubiese salido a la calle. No tenía excusas laborales o perrunas. Así que cerró con precipitación, dejando su mochila en el suelo y fue a buscarla al interior de la vivienda.

—¿Vic?! —voceó temiéndose un desmayo o accidente.

—¡No grites, chica! —respondió desde la misma silla donde le había dejado esa mañana. Seguía frente al ordenador, aunque por su pelo mojado se apreciaba que se había duchado hacía poco.

—¡Estúpida, me habías asustado!

—Me estás asustando tú a mí. ¿Te has lavado las manos? Que estas en un lugar lleno de gente que viene y va, vamos a ser más conscientes Vanesa...

Indignada, por no querer fomentar más discusión, se fue al baño. Viendo que no había nada en la cocina, no quiso ni preguntar si ella había cenado. Sacó una pizza del frigorífico y se propuso prepararla. Allí, en la balda inferior, le miraba un limón con picardía. Mientras esperaba frente al microondas, tecleó en su móvil a través de ciertas redes sociales. El pánico de la gente era agotador. Salió de aquellos foros y buscó algún vídeo en *Youtube* que le hiciera reír los minutos que restaban. Después de comer sola en la cocina, se sentó un rato en el sofá buscando alguna película en la televisión.

—¿Me vas a contar por qué tenías el móvil en silencio?

—Te va a parecer que es una estupidez, pero lo he leído hoy en varias páginas web. Están geolocalizando a los ciudadanos y grabando llamadas para ver si cumplen o no el confinamiento impuesto por el estado de alarma. Pero pienso que la verdad es que quieren aprovechar para terminar de ficharnos a todos. Quién es quién, las

conexiones que nos vinculan, dónde vive cada uno... ahora que todos están en sus casas quietecitos. Apagando el móvil estoy fuera de su radar.

—Perfecto. Ahora teorías de la conspiración...

—Es solo por seguridad.

—Ya, claro.

—¿Qué? ¿Piensas que estoy loca?

—Pienso que te estás metiendo en una divertida película de espionaje. Y a mí me apetece otro tipo de cine —dijo cambiando de canal y dejando una de esas series que ya había visto pero que nunca se cansaría de ellas.

Esa misma noche comenzaron a cerrar todas las cortinas del hogar antes de acostarse. Victoria estaba dispuesta a desaparecer por completo del mapa durante esa cuarentena. Le había comentado que ya sólo navegaba por internet si era con pestañas de incógnito. Que aun así borraba el historial, los permisos y *cookies* de su ordenador a final de cada día. Lo mismo con el teléfono móvil. Y había dejado de usar las redes sociales. Vanesa se giró hacia su lado sin aprobar ni disentir sobre aquel despliegue de psicosis. Ya tenía suficiente y sentía flaquear su sensación de seguridad con tanto riesgo invisible. La factura llegaría. Cuando una hora más tarde se fueron a la cama, el silencio en aquel dormitorio, sin luces ni movimientos, facilitaba oír el mayúsculo aliento contenido de la ciudad. Nada parecía existir más allá de la cortina. Un vacío mundial. Ni coche lejano ni pantalla sonora. Animales y humanos pactando ocultar su presencia. Todos cayendo en un letargo que aliviase la tensión del día. El gran apagón.

—Vanesa... —susurró Victoria desde la antesala del sueño con apenas un leve tirón de la colcha.

—Dime.

—¿No huele un poco a limón?

—No sé de qué me hablas —fingió con un hilo de voz antes de procurar dormirse sin confesar, llevándose una mano al pecho humedecido.

Tras recoger un poco el piso sin despertar a Victoria, se preparó su zumo de tres naranjas y fue camino al supermercado. Iba con los cascos conectados al teléfono móvil, escuchando música. Todo parecía irreal. Como si esa fuera la banda sonora a una película postapocalíptica que estuviese protagonizando. Pero con carreteras limpias y sin invasión de la flora. <<Porque a nada que nos descuidemos salen arbustos y palmeras en mitad del asfalto. La *Pachamama* no da prórrogas>> reflexionaba para sí en voz baja mientras buscaba la siguiente canción. A dos calles de distancia le saludó un comprador habitual que sacaba a su perro frente a un bloque de pisos. Nunca le había parecido amable con ellas y le sorprendió el gesto.

—¿Le puedo hacer una pregunta? —La interpeló desde la otra acera con una sonrisa.

—Claro, dígame —dijo frenando su impulso de mirar el reloj para no parecer maleducada.

—¿El súper va a limitar el número de productos por cliente? Porque me ha llegado por *WhatsApp* un mensaje sobre...

—No —contestó ofendida mientras retomaba el trayecto, colocándose los cascos de nuevo. Pensó que era demasiado temprano para que le asediara con miedos irracionales. <<Por suerte, mañana libro>> pensó como compensación a esa ansiedad. Los turnos estaban así dispuestos. Tendría todo el día para estar en el sofá de su casa, lejos del pánico y los protocolos.

Las horas eran más anchas desde su lado de la caja. Tardaba más el minuterero en hacer su ronda. Los focos halógenos irradiaban la sensación artificial de que siempre había el mismo ambiente, el mismo estado mental dentro de la pecera. Su amiga estaba un poco ensimismada en sus meditaciones aquella mañana y tampoco podía considerar una balsa su presencia. Resignada, pensando en el día siguiente en el que podría descansar, continuó su tarea de cobrar los productos a sus pececillos. El aburrimiento le hizo fijarse en las clases de mascarillas que traían. Por supuesto, estaban las homologadas. Eran las menos. Se notaba la escasez. Algunos traían máscaras de trabajar en la obra o pintando. Otros se la fabricaron en casa, con telas de colores, bordados exquisitos o con bocas pintadas que simulaban vampiros o pirañas. Algún hombre de negocios llegó con una mascarilla de color estridente y lunares blancos, propia de ferias como mínimo. Hubo algún cachondo que trajo máscaras de juguete, simulando ser un caballo humanoide. Un par llegaron con pañuelo pirata anudado a la nuca. Pero ella sabía que, si bien condensado parecía un desfile de carnaval, la dilatación de las horas no compensaba esa distracción. Cuando llegaban la sorpresa le duraba un segundo, siendo generosa. Luego lo normalizaba.

A mitad de la jornada, su compañera le confesó que estaba preocupada por su propia salud. Al parecer, le picaba la garganta. Que no entendía cómo podía pasar si cada mañana hacía sus gárgaras estrictas y bien cuidada era con la mascarilla y los guantes. El fregado de manos lo repetía cinco veces por hora en su hogar. No lo entendía, una veterana cómo era de arañar epidermis con agua y jabón. Vanesa trató de tranquilizarla, asegurando que lo más probable es que no fuera el virus, sino algo de frío que habría pillado, quizás un uso excesivo de la charla, a saber. Entraron un trío de enfermeras, identificadas así por esos zapatos cómodos y feísimos. Su compañera le dijo que les iba a preguntar si lo suyo era grave cuando pasasen por caja. Que cualquier opinión cercana a la médica sería mejor que sumergirse en internet y buscar la hecatombe. Porque buscar qué significa un lunar más pálido de lo usual es acabar en muerte fulminante, eso lo sabían las dos, aunque luego resultase que era una mancha derretida de chocolate.

Como cazadoras, acecharon desde sus posiciones. Atendían con presteza a los clientes que no llevaban zapatos horribles de hospital. Se reservaban para las enfermeras, estructurando mentalmente un diálogo que rondase lo casual y acabase

en consulta profesional gratuita. Vanesa las vio llegar y silbó a su compañera a través de la mascarilla.

—Buenos días —sonrió sin sonrisa Vanesa, la elegida por el azar para cobrar sus compras y exponer el caso. Ellas le devolvieron el saludo mientras la cajera se afanaba en pasar los productos con una lentitud impecable—. Trabajan en el hospital, ¿verdad?

—Sí, de ahí venimos, en un descanso mínimo que tenemos —respondió la número uno.

—Está la cosa como para perderse... —coincidió la número dos y la número tres acompañó con una risita.

—Ya veo —dijo Vanesa, levantando las cejas. Vio a su compañera que le miraba con los ojos muy abiertos, insistiendo en silencio pero con mucha intensidad—. ¿Podría hacerles una pregunta rápida?

En ese momento las tres se miraron entre sí. Tenían la misma expresión que Vanesa había tenido ante la interpelación del comprador con su perrito. Ella incluso se sintió incómoda con la proposición. El trío contestó que sí con amabilidad pero algo invisible contrariaba la respuesta. Quizás solo fuera el cansancio, quiso pensar Vanesa pasando los productos por el láser.

—Llevo unos días con picor intenso de garganta y, entre toda esta locura y vorágine de la pandemia, ya saben... No quiero molestarlas, pero me preguntaba, ya que trabajan en el hospital, si creen que podría estar relacionado o algún consejo que pudieran darme...

—A ver, mujer —intervino la número dos—. Yo en principio no creo que eso sea nada grave. En todo caso, si empeora, deberás ir a una consulta. Pero si no tienes los otros síntomas no creo que vayan los tiros por ahí...

—Por otra parte —continuó la número uno—, en el hospital he visto que hacen proyecciones de vapor caliente o algo así para algunos pacientes. Le abren la boca y arrojan una corriente de vapor durante unos minutos dentro de ella. Pero claro, aunque lo he visto hacer, no sé bien si es para lo mismo o es para otra cosa. No somos doctoras.

La número tres volvió a acompañar con risitas que logró contagiar a la número dos. Vanesa les agradeció la información, asegurando que eso le tranquilizaba mucho, empatizando por dentro con su compañera Ana. Una vez se fueron y terminaron de despejar las colas de clientes, su compañera salió de su puesto y vino corriendo hasta su posición.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Pinta mal? —interrogó con vitalidad.

Vanesa trató de tranquilizarla pero ella se resistía a tratar aquello como un mero picor de garganta. Cosa que precisamente era. Se mostró muy interesada por el método de aplicar vapor caliente y le agradeció las indagaciones. Horas más tarde,

por el camino a casa, a Vanesa le pareció que le picaba la garganta y ya no sabía distinguir si era hipocondría, sed o una maldición egipcia.

Su día de descanso fue día de guerra. Su casa se había convertido en trinchera. Su novia ahora era un agente especializado en contraespionaje. Aquella mañana, Victoria había sumado dos más dos para concluir que van a intentar atacar a la población desde cielo y tierra.

—¿Quién va atacarnos? —preguntó Vanesa, con su café en la mano, participando de la locura de su pareja para entenderla mejor.

—Los militares. La UME. ¿Sabes lo que es la UME?

—¿La Unión de Músicos Españoles?

—No, joder. La Unidad Militar de Emergencias. Un cuerpo especializado para garantizar la seguridad nacional en caso de catástrofes. Mira, mira —explicó trayendo el portátil hacia el sofá para que Vanesa pudiese leer por sí misma las noticias abiertas desde su página de incógnito.

—Emm... Ok, lo leo, se ha invocado a estas fuerzas para... buscar un plan de contención o algo similar...

—¡Pues ahora mira! —dijo corriendo a la ventana y descorriendo la cortina. El sol entraba con placidez y aquel sorbo de café le supo a Vanesa mejor.

—Un precioso cielo azul y nosotros en casa —aseveró allí sentada.

—No, no —insistió Victoria desde la ventana—. Escucha.

Siguió bebiendo el café allí sentada mientras se hacía el silencio en el salón. El sueño aún le vencía, pero por desgracia sabía que una vez despierta no podría volver a dormirse aunque siguiese en la cama. Entonces llegó. Un aleteo sutil que iba creciendo. El sonido era insistente. Vanesa trató de recordar a qué correspondía pero no acaba de ponerle la palabra. Victoria le ayudó con una sonrisa.

—Helicópteros —confirmó.

—Vale, ¿y qué?

—Van a desinfectar la ciudad. ¿Y sabes cómo? ¡Fumigándonos!

—No es necesario que grites, es molesto cuando una se acaba de levantar...

—¿No te das cuenta? Van a liberar un gas potente. Tenemos que cerrar puertas y ventanas, bloquear rendijas, el conducto de ventilación, sellar el marco de la puerta, las cerraduras...

—¡Uy, ya tienes planes para el día! Que disfrutes. Por favor, no me impliques en ese juego de supervivencia.

—¿No me vas a ayudar a aislar el piso?

—Te lo dejo todo a ti. Hoy estoy en mi día libre. Te prometo que yo me encargo de bloquear los accesos cuando llegue el apocalipsis zombi. Esa es mi especialidad.

Su novia, alterada, eligió ponerse manos a la obra antes de insistir contra su inacción. Si debían pasar tiempo confinadas, sabía que lo último que necesitaban era un ambiente de batalla y reproches. Cuando empezó a desfilarse por la casa con la cinta aislante y el plástico para envolver alimentos, Vanesa sintió la necesidad de un espacio propio, una intimidad en la que respirar, por lo que fue al baño, cerró con pestillo y se sentó sobre la tapa del váter. Hundió la cara entre sus manos abiertas, descansando con los ojos cerrados. Inspiró un poco por la boca y volvió a sentir cierto picor. O igual se lo imaginaba, ya no estaba segura. Abrió el mueble bajo el lavabo y rebuscó entre los rollos de papel higiénico y los paquetes de compresas. Al fin encontró el secador, se levantó y lo enchufó junto al espejo. Tras unos segundos, antes de encenderlo, se vio a sí misma reflejada en el espejo, con la boca abierta y el secador apuntando a sus dientes. Se sintió tan ridícula que comenzó a reír a plena carcajada allí dentro. Su novia le preguntó a través de la puerta si estaba bien, cosa que le provocó más y más risa. Se secaba las lágrimas con el dorso de la mano y al volver a enfocar la imagen misma del secador se desataban de nuevo largas risotadas que la obligaban a doblarse, abrazándose la barriga. Su novia dejó de insistir al otro lado de la puerta, riendo por contagio auditivo, pero atenta a cualquier ruido extraño. Finalmente la puerta del baño se abrió.

Haciendo caso omiso a las preguntas de su pareja, Vanesa se dirigió de nuevo al salón. Se agachó frente a la biblioteca y extrajo de la zona baja una botella de licor de crema irlandesa. Agarrándola del cuello, se dirigió a la cocina para coger un vaso ante la pasmada mirada de Victoria. Volvió para sentarse cómodamente en el sofá, reclinada y con las piernas sobre la mesita. Se sirvió con generosidad y bebió con egoísmo.

—Las cuarentenas están llenas de preguntas con la misma respuesta. Esa que todos tratan de ocultar, ¿no crees? Vaya trampa. ¿Adivinas la respuesta? —expresó como suficiente explicación. Luego siguió riendo y brindó por la ocurrencia—. Estoy agotada. He decidido mi propio remedio. No frente al virus, no. Contra los peces. Voy a nadar mejor que ellos.

Su novia se dio por vencida, agobiada por su propia prisa. Siguió bloqueando los accesos al exterior. Vanesa tomó su móvil, lo conectó mediante *bluetooth* a los altavoces del salón y lanzó su lista de canciones favoritas. No escatimó en volumen. Miró al cielo azul a través del cristal de la ventana. Con esa atmósfera y llenando el vaso conseguiría evitar las olas y la tormenta que se desataba en la superficie. Incluso las corrientes internas si se despegaba lo suficiente de la agitación de la primera línea. Vanesa se dijo a sí misma que había que pensar menos y practicar más la constancia. Cada día, al dejar la costa, llegar al sofá y bucear. Al menos hasta que pase el furor de la borrasca. Y se aprecie mejor si delante tenía peces o personas.

Cuando a la mañana siguiente llegó a su trabajo coincidió punto por punto en cada fórmula de *autosalvación* que le confiaban. Dijo cumplir todos los rituales, sin excepción. Desde dejar los zapatos fuera de casa hasta contener la respiración mientras hacía contorsiones de yoga. Incluso propuso algunos nuevos, para distraerse entre tantas horas de exposición bajo los halógenos inagotables. El pañuelo de tela en el pomo de la puerta que espantaba males según una clásica tradición rumana; la pasta de dientes con vinagre; la necesidad de que hombres y mujeres se dejaran bigote que frenasen el armamento vírico. Vanesa estaba orgullosa de su creatividad. No le molestó enterarse de que el trío que trabaja en el hospital, el mismo que le aconsejaron por sorpresa, eran en realidad limpiadoras. Peces, peces, peces. La tormenta arriba, la calma bajo la superficie. La pecera girando y Vanesa con su máscara, sus guantes. El equipo de buceo. La tranquilidad llegaría desde abajo. Una botella nueva, reservada para sí misma, permanecía bajo la caja de cobro a la espera del fin de jornada.

FIN

Alberto Revidiego

Cuarentena , Sevilla, 2020

Relato alojado en: www.albertorevidiego.com